EDICIÓN #175

Rhema

LA VOZ DE LOS CINCO MINISTERIOS

CONOCIENDO LA IDENTIDAD

5 de octubre - GUA 2024

AÑO DE LA RECOMPENSA





EDITORIAL
REVISTA RHEMA



"Debemos saber quiénes somos, para que tarde o temprano, nuestras acciones cambien y lleguemos a ser hijos de Dios"

- Apóstol Sergio Enríquez

EQUIPO DE TRABAJO

Presidente y Fundador
Apóstol Dr. Sergio Enríquez

Directora Editorial
Lcda. Paola Enríquez

Coordinador Editorial
Diego Figueroa

Directora de Diseño y Contenido
Luisa Barreda de Arana

Community Manager
Ligia Avila
Apoyo CM: Mihail Vásquez

Diseño y Arte
Melany de Batz
Melissa García

Diagramación y Arte
Rafael Cruz
David Guarcas
Mabelyn Manzo

Diseño de Portada
Alfredo Ríos

Diseño de Posters Internos
Steve Rompich

Links Audiovisuales
Daniel Figueroa

Fotografía
Melany de Batz
Gabriela de Figueroa
Melissa García

Revisión Final de Artículos
Coordinación:
Elizabeth de Pérez
Apoyo coordinación:
Alex Ortega

Jennifer Herrera
Otilio Avendaño
Andrea Pérez

Corrección de Artículos
Gustavo Salguero
Tamara de Salguero
Jennifer Herrera
Ligia Avila
Xiomara Fajardo
Otilio Avendaño
Rafael Cruz
Andrea Pérez
Alex Ortega
Libni Axpuac
Ester Aragón
Yohana de Axpuac
Karina Estrada
Yeimi Vásquez
José Arana
Ruth Álvarez
Ottoniel Bátres

Frases Apostólicas
Génesis Cabrera

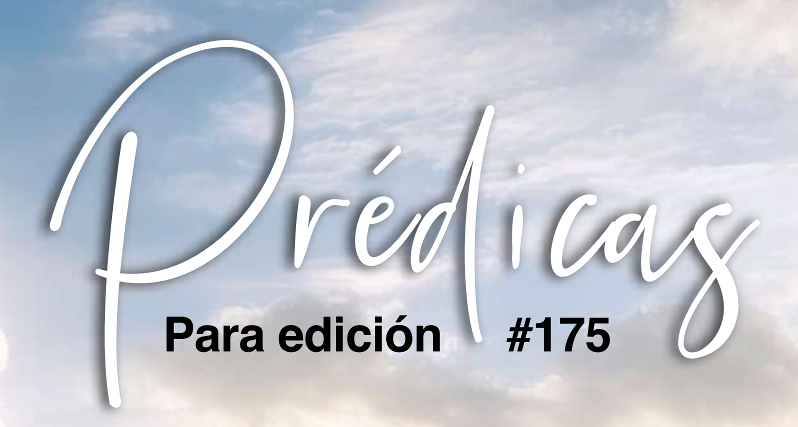
App para Móviles
Ministerios Ebenezer
iPhone / iPad / Android

Fotografías
Las fotografías en esta edición cuentan con la licencia: www.freepick.es Subscription ID: 8888cbba-53f1-4094-9afb-8901743dbe53**

Ministerios Ebenezer
temasrevistarhema@gmail.com
www.ebenezer.org.gt

ÍNDICE

¡Haz **clic** en cada tema para leerlo!







Apóstol Sergio Enríquez
@ApostolSergioEnriquez

SUSCRÍBETE



CONOCIENDO LA IDENTIDAD
bit.ly/3zDX3QD

CONOCIENDO LA IDENTIDAD II
bit.ly/3zEJyA7

CONOCIENDO LA IDENTIDAD (RETIRO)
bit.ly/3zJl2xF

CONOCIENDO LA IDENTIDAD II (RETIRO)
bit.ly/3Y0bdor

LA LIMPIEZA DEL TEMPLO (RETIRO)
bit.ly/3ZIvAYM

CONOCIENDO LA IDENTIDAD IV (RETIRO)
bit.ly/3BwXBYX

PARA VER LOS VIDEOS
HAZ CLIC EN EL ENLACE

RECUPERANDO LA IDENTIDAD (RETIRO)
bit.ly/3ZIej1Q

LA ALINEACIÓN DE LOS ESCENARIOS

A lo largo de la historia, la interpretación de las profecías bíblicas ha cambiado, y en muchas ocasiones solo al experimentar los eventos es cuando se puede identificar su cumplimiento. Es el caso del apóstol Pedro, quien en el libro de los Hechos identificó el cumplimiento de la profecía de Joel en la venida del Espíritu Santo. El estudio de temas proféticos, como la semana 70 de Daniel, ha sido un reto para muchos, pero sigue siendo un área fascinante y compleja que despierta gran interés entre estudiosos. Hoy en día, se observa cómo diversos escenarios proféticos se entrelazan, como los acontecimientos en Israel, el cosmos y el mundo en general, lo que lleva a muchos a pensar que estamos viendo señales del acercamiento del retorno de Cristo. Aunque fijar fechas específicas para estos eventos ha sido un error recurrente a lo largo de los siglos, los estudiosos continúan analizando las señales actuales para comprender mejor su significado. Al final, la clave está en mantenerse alerta y abierto a lo que Dios desea revelar en su tiempo. Aunque las Escrituras advierten que nadie sabe el día ni la hora de este acontecimiento, a lo largo de la historia han habido intentos por predecir su fecha, lo que ha generado debates en la comunidad religiosa. A pesar de que algunas de estas predicciones han resultado incorrectas, el anhelo de muchos creyentes por entender las señales de los tiempos sigue siendo profundo y genuino.
En este contexto, se destacan algunos errores comunes, como el enfoque en fechas específicas que, al no cumplirse, han generado críticas. Sin embargo, se subraya que estos errores no deben desacreditar el fervor espiritual que impulsa a los estudiosos de la Biblia a seguir buscando respuestas. Se trata más de una invitación a estar siempre preparados para lo que pueda suceder, en lugar de intentar fijar un momento exacto.

Al mismo tiempo, los eventos actuales en el mundo, como la crisis energética en Ecuador debido a una sequía histórica, se ven como posibles señales dentro del panorama profético. Ecuador ha iniciado racionamientos de electricidad, lo que ha afectado a varias ciudades, y se ha generado preocupación en la región. Estos acontecimientos, junto con fenómenos astronómicos recientes, como las superlunas, han intensificado el debate sobre el significado de los tiempos que vivimos. En última instancia, el llamado es a la preparación espiritual constante y al análisis cuidadoso de los eventos globales, manteniendo siempre una actitud abierta pero cauta hacia las interpretaciones proféticas. En el mundo actual, donde los fenómenos naturales y astronómicos capturan la atención global, es esencial preguntarse si estos eventos tienen un trasfondo más allá de lo evidente. Desde apagones programados por crisis energéticas hasta la majestuosidad de las superlunas, se ha vuelto común buscar interpretaciones más profundas, a menudo relacionadas con lo profético y escatológico.

Este año, con la aparición de cuatro superlunas y la proximidad de un asteroide que podría convertirse en un mini satélite de la Tierra, muchos se preguntan si estos son hechos inéditos destinados a recordarnos la majestuosidad del universo y la inevitabilidad de lo que está por venir. Para algunos, estos eventos cósmicos son simplemente espectáculos visuales que emocionan y atraen a multitudes. Sin embargo, para otros, especialmente aquellos con una mirada puesta en las profecías bíblicas, representan señales de advertencia o recordatorios de que vivimos tiempos singulares. La capacidad tecnológica actual nos permite observar con detalle estos fenómenos astronómicos, algo que en el pasado no era posible, lo que aviva el interés tanto desde una perspectiva científica como espiritual.

Estados Unidos y sus aliados han expresado claramente su apoyo a Taiwán, lo que ha creado una situación de gran tensión en la región. Un conflicto militar entre China y Taiwán no solo afectaría a las dos naciones, sino que involucraría a potencias occidentales, lo que podría llevar a una escalada peligrosa con consecuencias imprevisibles.

Este breve resumen se basa en el episodio número 2 de la tercera temporada del programa "El Reloj de Dios".

Episodio #02
Tercera Temporada

bit.ly/4enGLuq

EL RELOJ DE DIOS

PARA VER EL VIDEO
HAZ CLIC EN EL ENLACE

www.ebenezer.org.gt




EDICIÓN #175

HIJOS DE LA LUZ

*porque todos vosotros sois **hijos de la luz e hijos del día.** No somos de la noche ni de las tinieblas.*

1 Tesalonisenses 5:5 LBLA





01

La sal del mundo

Por Willy González

Versículos de estudio

2 Crónicas 13:5
2 Crónicas 25:11 LBLA
Esdras 6:9
Ezequiel 16:4
Ezequiel 43:23-24
Colosenses 4:6 LBLA

Regresar al índice

“Dispongamos nuestro corazón al mover espiritual”

Mateo 5:13 dice: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se ha vuelto insípida, ¿con qué se hará salada otra vez? Ya para nada sirve, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres”. La identidad es lo que nos define, son esos rasgos distintivos que hacen que cada uno de nosotros sea único, la que nos hace saber quiénes somos y cuál es nuestra función. En lo espiritual, debemos conocer dicha identidad que está relacionada con la esencia de Dios mismo, ya que Él nos creó a su imagen, entonces debemos retomar esa imagen para ser como Él es y esto lo vamos comprendiendo cuando vemos que Jesús dijo quién era, así como sobre quiénes éramos nosotros. En un determinado momento dijo que éramos sal y al conocer sus características sabremos más de nuestra identidad y nuestra función en la tierra.

La sal, en el tiempo en el que Jesús nos comparó con ella, era algo muy valioso, pues la usaban para preservar alimentos e incluso servía como pago a los trabajadores; esto nos deja ver que somos valiosos, lo que debe ser parte de nuestra identidad como cristianos en un mundo que está especializado en menospreciar todo lo que es de Dios y en idealizar al ser humano, pero sabemos que nuestra existencia es valiosa y tiene un precio enorme: la sangre de Cristo. Ese sacrificio supremo de amor nos da un gran valor y nos dice que somos la causa de la preservación del planeta mismo por misericordia.

La sal y la capacidad de dar

“Además, toda ofrenda de cereal tuya sazonarás con sal, para que la sal del pacto de tu Dios no falte de tu ofrenda de cereal; con todas tus ofrendas ofrecerás sal” (Levítico 2:13). La sal, en este versículo está íntimamente relacionada con la ofrenda y nos habla de la capacidad de dar. Recordemos que el motivo que generó la ofrenda más grande es el amor y si somos sal, tenemos la capacidad de dar y de darnos, esto no es solo dar una ofrenda monetaria sino dar nuestro servicio, nuestro esfuerzo para nuestra familia; así, cuando dar se convierte en una necesidad provocada por el amor a Dios, nos convertimos en dadores alegres y Dios ama al que da de esta manera, como un círculo virtuoso de amor.

La sal y la capacidad de vencer

En el valle de la Sal, David obtiene una victoria donde vence a 18 mil hombres de Edom (2 Samuel 8:13 RVA), un número muy significativo. El número dieciocho se obtiene al sumar tres veces seis, lo que caracteriza al anticristo; también, nos recuerda a la enfermedad de la mujer encorvada que solo le permitió ver hacia abajo durante dieciocho años. Estas cosas coinciden con el significado de Edom que según el Diccionario de Nombres de la Biblia RV1909 es “terrenal”, lo cual refiere sobre aquellos que somos sal, de tener la capacidad de vencer la influencia del espíritu del anticristo y poder erguirnos, alzar nuestra mirada hacia el cielo para no depender de lo pasajero.

La sal y el mover profético

En 2 Reyes 2:20 RVA, vemos la relación de la sal con un acto profético, esto significa que aquellos que somos sal participamos en un mover profético y debemos estar dispuestos a discernir este mover espiritual. La sal también sirve para purificar aquello que está contaminado, recordemos cuando Moisés cortó un árbol que cayó sobre las aguas amargas y estas se purificaron, estos actos pueden quitar la amargura de los corazones, la sal de esta tierra no menosprecia las profecías ni al ministerio profético.

La sal y los límites

Cuando fue repartida la tierra prometida a las tribus de Israel, les pusieron límites entre sí y uno de ellos era el mar Salado: “Vuestro límite sur será desde el desierto de Zin, por la frontera de Edom, y vuestra frontera sur será desde el extremo del mar Salado hacia el oriente” (Números 34:3). Debemos entender que los límites nos dan protección y aquellos que no los respetan sufren consecuencias; como Dina, que salió de sus fronteras, debemos recordar los linderos antiguos, que ahora son enseñados por los apóstoles al darnos los mandamientos eternos que están en la Biblia.

La sal y la paz

En el libro de Marcos dice: “La sal es buena; pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros y estad en paz los unos con los otros” (Marcos 9:50). La sal se relaciona con la paz entre los hermanos, por lo cual no debe ser nuestra costumbre el estar en contienda con nuestros hermanos. Al investigar las propiedades de la sal, una de ellas es su poder para cicatrizar heridas, pero es doloroso, esto nos hace pensar que debemos ayudar a sanar heridas y no mantenerlas sin dolor solamente, recordemos que los perros lamían las heridas de Lázaro, mas no lo sanaban, es decir, que no lo confrontaban con la realidad que a veces duele, sino que lo mantenían a base de humanismo. Somos; pues, la sal de la tierra, cumplamos nuestra función.



02

La luz del mundo

Por Piedad de González

Versículos de estudio

1 Pedro 2:9
Mateo 5:15
Juan 5:35 LBLA
Daniel 5:14-16 LBLA
Hechos 13:47 LBLA
Filipenses 2:14-15 RV1960

Regresar al índice

“La luz nos ayuda a recuperar nuestra identidad”

Mateo 5:14 LBLA: “Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad situada sobre un monte no se puede ocultar”. En el principio Dios nos creó a su semejanza y éramos seres de luz hasta la caída del hombre, por lo que debemos recobrar esa semejanza, para ello debemos conocer nuestra identidad y saber el papel tan importante que tenemos. El Señor define parte de esa identidad que nos hace diferentes al resto de la creación, al decir que somos la luz del mundo. Veamos qué nos da la identidad de luz.

No esconderse

“Nadie enciende una lámpara para esconderla o para ponerla debajo de un cesto. Por el contrario, la pone sobre el candelero para que los que entren tengan luz” (Lucas 11:33 PDT). Una de las características de la luz es que debe estar en alto para alumbrar, no puede estar oculta, esto nos habla de varias cosas, una es que debemos tener una autoestima equilibrada, vencer la timidez porque como luz fuimos llamados para estar en alto, lo cual nos lleva a otra reflexión y es que allí vamos a brillar, pero también a morir, sabiendo que la luz en nosotros es reflejo de la luz de Dios y eso nos ayudará a no ser altivos.

La luz no debe esconderse, Isaías 58 habla del verdadero ayuno, nos dice que no nos escondamos de nuestro hermano y el no ayudarlo en el tiempo de necesidad es ser insensibles, también es impresionante que cuando hacemos lo que nos manda el Señor a este respecto nacerá nuestra luz como el alba, es decir, que si somos luz: ayudamos, extendemos nuestra mano al necesitado sin esperar nada a cambio, se vuelve parte de nuestra naturaleza ser dadores alegres. Permitamos que nuestra luz brille ante los hombres para que vean nuestras buenas obras (Mateo 5:16).

No tener envidia y ayudar

“La lámpara del cuerpo son los ojos. Si miras a otros con ganas de ayudarles, todo tu cuerpo estará lleno de luz. Pero si con tus ojos los miras con envidia, entonces todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad. Si la única luz que tienes es la oscuridad, ¡qué horrible oscuridad tendrás!” (Mateo 6:22-23 PDT). La forma de demostrar cuanta luz hay en nosotros es cómo vemos nuestro interno y nuestro entorno; una de las cosas que debemos analizar es si la envidia todavía es parte de nosotros o si buscamos ayudar a los demás. Si en nuestros ojos hay luz veremos nuestras intenciones y arreglaremos lo que sea necesario, también si estamos viviendo en la luz podemos tener comunión unos con otros y la sangre de Jesús continúa purificándonos de todo pecado (1 Juan 1:6-8 PDT).

Tener la capacidad de comprensión

“Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron” (Juan 1:5 LBLA). Cuando la luz brilla vence a las tinieblas y entonces nos da la capacidad de entender algunas cosas que pueden estar ocultas para nosotros, por ejemplo: David comprendió cuál era el origen de su pecado; Potifar comprendió que su prosperidad era producto de la bendición que había en José —esto nos habla de entender que somos un canal de bendición para otros, incluso en nuestra vida secular—, el salmista comprendió que era como un animal sin entendimiento cuando tuvo envidia: “Tú enciendes mi lámpara, oh SEÑOR; mi Dios que alumbra mis tinieblas” (Salmo 18:28). Es difícil entender que, siendo luz, aún tenemos tinieblas y es que si tenemos algo en contra de algún hermano al punto de aborrecerlo estamos en tinieblas, parecería que somos hipócritas al tener estas actitudes y decir que somos luz, pero esto es como la luz de la aurora que va creciendo hasta que el día es perfecto, dándonos la capacidad de ver las actitudes inapropiadas y sacarlas de nuestro interior. Es un proceso, es esa luz progresiva, nuestra identidad nos hace ver que, como cristianos no somos perfectos, pero estamos en proceso de perfección hasta poder decir: en su luz veremos la luz.

Encontrar lo perdido

“O ¿qué mujer que tenga diez monedas, si pierde una, no enciende una luz y barre la casa y la busca cuidadosamente hasta encontrarla?” (Lucas 15:8 MN). La luz nos da la capacidad de poner en orden las cosas y buscar lo que se ha perdido, este versículo hace referencia al diezmo, aquellos que son luz saben la importancia de este principio para llegar a las bodas, por eso al encontrar la moneda, ella hace fiesta. Vemos a un padre que perdió un hijo y al tenerlo de nuevo hace fiesta, esta es la capacidad de alegrarnos con aquellos que regresan a casa, también se perdió una oveja y se hace mucho esfuerzo para recuperarla; no dejar a nuestros heridos atrás es parte de ser la luz del mundo.

“Entonces dijo Dios: sea la luz. Y hubo luz” (Génesis 1:3), esto se puede traducir como alegría, ya que la luz provoca alegría y se refleja al dar, al servir, al vivir. Los que son luz irradian alegría en donde estén. ¡La luz te puede ayudar a comprender y recuperar tu identidad!



03

Testigos

Por Hilmar Ochoa

Versículos de estudio

1 Corintios 6:11
1 Juan 3:2
Juan 15:15
Hechos 2:33
Apocalipsis 1:5
Apocalipsis 17:6

Regresar al índice

“Somos llamados testigos fieles”

Como hijos de Dios estamos adquiriendo una identidad que va creciendo dentro de nosotros, hasta que alcancemos la plenitud de lo que Dios dijo que llegaremos a ser. Antes de Cristo éramos esclavos, pecadores, deudores, malhechores, inicuos, entre otros. Pero ahora somos redimidos, herederos, reyes, sacerdotes, linaje escogido, nación santa. Sin embargo, aunque hemos alcanzado todo esto, el apóstol Juan escribió que aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. O sea que cuando hablamos de identidad debemos considerar lo que éramos (pasado), lo que ahora somos (presente) y lo que llegaremos a ser (futuro). Por eso, el apóstol Pablo dijo: “hermanos, yo mismo no considero haberlo ya alcanzado… pero, olvidando lo que queda atrás… prosigo hacia la meta…” (Filipenses 3:13-14 LBLA).

Dentro de la identidad que debemos alcanzar mientras estemos en el cuerpo, está la identidad de testigos, la cual no todos los creyentes hemos alcanzado aún. Al ver a aquellos que estuvieron muy cerca de Jesús, aprenderemos que fueron evolucionando en su identidad. Por ejemplo, eran conocidos como discípulos de Cristo, luego como sus siervos, pero al final de su ministerio Jesús les dijo que ahora les llamaría amigos, lo cual nos muestra un eslabón más en su evolución. Sin embargo, Jesús les dijo que cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos, recibirían el poder de lo alto; para convertirse en testigos. Es decir, que en ese momento ya habían alcanzado identidad de discípulos, siervos y amigos; pero les faltaba algo más, algo que únicamente vendría con la manifestación del Espíritu Santo, con el bautismo y la llenura. Esto nos enseña que, así como Cristo empezó a cambiar nuestra identidad, quitando todo lo que nos fue ministrado y enseñado antes de conocerle, también es necesario que el Espíritu Santo continúe transformando nuestra identidad. Y una de las identidades que nos da el Espíritu Santo es la de testigos. Dicho de otra manera, sin la intervención del Espíritu Santo, no podremos alcanzar la plenitud de la identidad. En este caso diríamos, que no podemos ser testigos de Cristo, si no estamos llenos con el Espíritu Santo. Entonces ser testigo de Cristo no es tan sencillo, fue algo que, en tres años y medio con Jesús, los apóstoles no lograron ser. Pero luego de su ascensión y exaltación Cristo derramó la promesa del Padre sobre ellos y esto los llevó a una nueva dimensión de poder y gloria que les dio una nueva identidad: testigos de Cristo.

“Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1:8 LBLA). ¿A qué se refería Jesús cuando dijo seréis testigos? ¿Qué implicaciones tiene ese título? ¿Qué significa realmente ser un testigo de Cristo? ¿Qué cualidades tiene un verdadero testigo? ¿Quiénes en la Escritura fueron llamados testigos? El Señor: le dijo al apóstol Pablo: “…te he aparecido con el fin de designarte como ministro y testigo…” (Hechos 26:16 LBLA). También Pablo dijo al Señor “Y cuando se derramaba la sangre de tu testigo Esteban…” (Hechos 22:20 LBLA). Y en el mensaje enviado al ángel de la iglesia en Pérgamo dice: “…aun en los días de Antipas, mi testigo, mi siervo fiel…” (Apocalipsis 2:13 LBLA), el apóstol Pedro dijo: “Y nosotros somos testigos…” (Hechos 5:32 LBLA). Y la misma Escritura cuando se refiere a los héroes de la fe dice: “…tenemos en derredor nuestro tan gran nube de testigos…” (Hebreos 12:1 LBLA). Así qué hay muchos hijos de Dios que fueron evolucionando en su identidad hasta que alcanzaron la estatura de testigos de Jesús, quienes dieron su vida por amor a Cristo, no amando sus propias vidas y considerando el vituperio de Cristo mucho mejor que los placeres temporales del pecado. Por eso está escrito en la palabra, que la gran ramera está ebria de la sangre de los santos y los testigos de Jesús. Lo asombroso de este término es que el mismo Señor Jesucristo es llamado “el testigo fiel y verdadero”.

Según la etimología de la palabra testigo que estamos empleando, podemos comprender que un testigo desde esta perspectiva bíblica no es solamente alguien que atestigua, testifica o da testimonio. El término griego usado por el Señor cuando dijo “seréis testigos” es G3144 *Martus* término que se refiere a un testigo literal hablando judicialmente o figurado y por analogía un mártir. De hecho, este término es traducido mártir en varios versículos. Según los diccionarios bíblicos un mártir es alguien que con su muerte da testimonio de la verdad. El Diccionario Swanson dice que es alguien que encuentra la muerte testificando a favor de Jesús. También se refiere a alguien que puede certificar aquello que ha visto u oído o conoce.

Llegar a ser mártir (testigo) implica tener el valor y la fuerza que da el Espíritu para morir físicamente por Cristo si llegara a ser necesario. Pero también se refiere a morir en sentido figurado a las cosas del mundo, al pecado y a los apetitos de la carne. Hemos sido llamados a ser testigos fieles.



04

Discípulos

Por Ramiro Sagastume

Versículos de estudio

Proverbios 4:18
Romanos 10:14-17
Hechos 6:7
Mateo 28:19
Mateo 10:1
Lucas 11:1

Regresar al índice

“Debemos estar llenos de gozo y del Espíritu Santo”

Desde que aceptamos al Señor Jesucristo, vamos experimentando un cambio en nuestra vida y a la medida en que nos vayamos comprometiendo en la vida cristiana, vamos teniendo la revelación de nuestra identidad como hijos de Dios; recordemos que primero se es oyente, es decir, que llegamos a la iglesia cristiana y oímos la palabra, después se pasa a ser creyente, es cuando se reconoce al Señor como nuestro Salvador, luego debemos escudriñar la Escritura y que se nos enseñe, y así pasar a ser discípulos.

La Biblia nos da los lineamientos de cómo llegamos a ser discípulos, por ello analizaremos y veremos algunos de los beneficios que vamos a obtener y las responsabilidades que tendremos.

“Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19 LBLA). El hacer discípulos no es una sugerencia sino una ordenanza y es señal de que la persona pasó de oyente a creyente y a discípulo, no se hace acepción de personas, es id por todas las etnias. Discípulo se deriva del G3101 *Mathetes* que se traduce: aprendiz, alumno y discípulo.

Beneficios de ser un discípulo

a) Se forma el obrero para predicar la palabra del Señor y enseñar a otros: “Entonces les dijo a sus discípulos: la mies es mucha, pero los obreros pocos” (Mateo 9:37 BDN).

b) Autoridad para expulsar espíritus inmundos y sanar a los enfermos: “Entonces llamando a sus doce discípulos, Jesús les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para sanar toda enfermedad y toda dolencia” (Mateo 10:1 LBLA).

c) Un discípulo está habilitado para dar a luz a Jesús, es decir, que en nuestros actos y forma de vivir las personas vean a Jesús manifestarse en nosotros: “Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ¡He aquí mi madre y mis hermanos!” (Mateo 12:49 LBLA).

d) Conocer los misterios del reino de los cielos: “Y acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Y respondiendo Él, les dijo: porque a vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no se les ha concedido” (Mateo 13:10-11).

e) Recibir revelación y entender los tiempos finales para poder actuar, como la tribu de Isacar: “Y estando Él sentado en el monte de los Olivos, se le acercaron los discípulos en privado, diciendo: Dinos, ¿cuándo sucederá esto, y cuál será la señal de tu venida y de la consumación de este siglo?” (Mateo 24:3).

f) El discípulo llega a dar mucho fruto y eso los distingue: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto, y así probéis que sois mis discípulos” (Juan 15:7-8).

g) Amarnos los unos a los otros nos identifica como discípulos: “Este mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. Así como yo os he amado, también vosotros debéis amaros unos a otros. De este modo todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros” (Juan 13:34).

h) De entre los discípulos se escogen a los diáconos que tendrán otras responsabilidades ante la congregación: “Así que los doce reunieron a toda la comunidad de discípulos y les dijeron: no está bien que nosotros, los apóstoles, descuidemos el ministerio de la palabra de Dios para servir las mesas. Hermanos, escoged de entre vosotros a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, para encargarles esta responsabilidad” (Hechos 6:2-3).

Hay más características de un discípulo a la luz de la palabra. Es necesario entender que debemos permanecer cimentados en la Escritura, estar sujetos a nuestras autoridades, es decir, estar bajo cobertura ministerial y ser enviados para poder desempeñar la tarea de discípulo. Recordemos que debemos seguir avanzando en las etapas que Dios tiene para nosotros: de oyente a creyente a discípulo, a siervo y llegar a ser amigo de Dios; haber llegado a ser discípulo no le deja exento que pueda apartarse del camino, leemos en la Biblia que muchos discípulos cuando oyeron la doctrina de la Santa Cena no creyeron y se apartaron de Jesús: “Como resultado de esto muchos de sus discípulos se apartaron y ya no andaban con Él. Entonces Jesús dijo a los doce: ¿Acaso queréis vosotros iros también? Simón Pedro le respondió: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:66-68).

Un discípulo se mantiene fiel a las enseñanzas y las pone por obra: “Jesús se dirigió entonces a los judíos que habían creído en él, y les dijo: Si os mantenéis fieles a mis enseñanzas, seréis realmente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32).

El discípulo debe estar lleno de gozo y del Espíritu Santo, eso lo mantendrá en el camino y podrá ayudar a otros: “Y los discípulos estaban continuamente llenos de gozo y del Espíritu Santo” (Hechos 13:52).

Nuestro anhelo es que el Señor nos tome por fieles, recordando que su sangre nos hace aptos para toda buena obra y que como discípulos no debemos buscar ser mayor al maestro que nos enseñó a ser discípulo (Mateo 10:24-25).



05

Amigos de Dios

Por Ana Julia de Sagastume

Versículos de estudio

1 Samuel 18:3-4
2 Samuel 13:3
Juan 11:3-5
Eclesiastés 4:11-12
Santiago 4:8

Regresar al índice

“Por gracia somos llamados amigos de Dios”

Si aún tenemos conceptos religiosos respecto a Dios, vamos a creer que llegar a ser amigo de Dios es imposible, y parte de la identidad que Dios nos ha dado es llegar a ser amigos de Él. Todo tiene su proceso y así como hemos sido enseñados, primero uno es oyente de la palabra de Dios, luego se pasa a ser creyente, seguimos evolucionando y pasamos a ser discípulos. Esto nos activa para ser siervos y llegar a ser amigos de Dios. La Biblia nos dice que el caminar del justo es como la aurora que va creciendo hasta que el día es perfecto. Veremos lo que hace un verdadero amigo y los principios bíblicos para ser catapultados a ser amigos de Dios. Uno de los ejemplos que vemos en la Biblia es el de Abraham y cómo fue cumpliendo cada una de las etapas, hasta quedar plasmado en la Biblia que él fue amigo de Dios.

Abraham experimentó el desarrollo primero como oyente, cuando Dios le indicó que saliera de su tierra y parentela (Génesis 12:1), luego fue creyente (Génesis 15:6), posteriormente llegó a ser discípulo, alcanzó la estatura de siervo (Génesis 26:24) y, finalmente, fue amigo de Dios (Santiago 2:23). La amistad de Dios le otorgó muchos beneficios, por ejemplo, cuando Dios le expresó que destruiría Sodoma (Génesis 18:16-33), esa confianza de dialogo con el Señor y la seguridad de expresarle su petición, solo la llevan a cabo los amigos de Dios.

En la palabra del Señor leemos a quien Dios va a considerar como su amigo: “Nadie tiene un amor mayor que éste: que uno dé su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre” (Juan 15:13-15). Quiere decir, aún nosotros que éramos enemigos de Él, el Señor ya nos consideraba amigos y dio su vida por cada uno de nosotros. “Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación” (Romanos 5:10-11 LBLA).

Otro ejemplo de un amigo de Dios es Moisés: “Y acostumbraba hablar el SEÑOR con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo. Cuando Moisés regresaba al campamento, su joven ayudante Josué, hijo de Nun, no se apartaba de la tienda” (Éxodo 33:11 LBLA). Cuando Jesús estuvo en su ministerio, la Biblia menciona a Lázaro como un amigo de Él: “Dijo esto, y después de esto añadió: Nuestro amigo Lázaro se ha dormido; pero voy a despertarlo” (Juan 11:11 LBLA).

En el libro de Cantares cuando la amada se refiere a su Amado, es decir, la iglesia con Cristo, ella sabe que puede contar con su Amado como un amigo: “Su paladar, dulcísimo, y todo él, deseable. Este es mi amado y éste es mi amigo, hijas de Jerusalén” (Cantares 5:16 LBLA). Debemos escoger bien nuestras amistades, porque con ellos tenemos koinonía, nos hacemos uno con ellos. Si nuestras amistades son malas, nos puede apartar del camino, que es Cristo: “No os unáis en yugo desigual con los no creyentes. Porque ¿qué compañerismo tiene la rectitud con el desorden? ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas?” (2 Corintios 6:14 RVA). Veamos algunas características que deben tener los verdaderos amigos según la Biblia, y Dios las tiene para con nosotros.

El amigo es fiel: “Hay amigos que uno tiene para su propio mal, pero hay un amigo que es más fiel que un hermano” (Proverbios 18:24 RVA). El amigo llega a ser como un hermano: “En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia” (Proverbios 17:17 BSO). El amigo consuela nuestra alma: “Perfume e incienso alegran el corazón, la dulzura del amigo consuela el alma” (Proverbios 27:9 BJ2001). La Biblia también menciona actitudes que pueden romper una amistad: la persona que es chismosa puede llevar separación entre amigos: “El perverso provoca contiendas, y el chismoso divide a los buenos amigos” (Proverbios 16:28 BAD). El que no perdona pierde a un amigo: “Quien perdona, gana un amigo; quien no perdona, gana un enemigo” (Proverbios 17:9 BLS). Si nosotros como cristianos y siendo amigos de Dios, empezamos a hacernos también amigos del mundo, según la Biblia nos haríamos enemigos de Dios: “¡Gente infiel! ¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Por tanto, quien pretende tener al mundo por amigo, se hace enemigo de Dios” (Santiago 4:4 AF). La misericordia del Señor sobre nuestras vidas nos ha dado la oportunidad de llegar a ser su amigo, y con el auxilio del Espíritu Santo lograremos seguir agradándole y nos compartirá sus secretos: “Ser amigo tuyo, oh Dios, es privilegio de quienes te honran. Sólo con ellos compartes los secretos de tu pacto” (Salmo 25:14 NBD).



06

Labranza de Dios

Por Raymundo Rodríguez

Versículos de estudio

Eclesiastés 3:2
Mateo 21:19-22
Mateo 13:24-30
Mateo 13:36-42
Cantares 4:16
Isaías 35:1-10

Regresar al índice

“Dios es quien abre y cierra puertas”

1 Corintios 3:9 LBLA: “Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios”. Estamos enseñando sobre la importancia de ser, de tener identidad y de comprender lo que significa. ¿Se imagina usted a un embajador haciendo lo incorrecto al país al cual fue enviado? Para los representantes de un país se usa la palabra dignatario, que significa: “una persona que ha sido investida de una dignidad, de un honor”. La Biblia dice que se nos ha dado el poder de ser llamados hijos de Dios (Juan 1:12), eso es una dignidad, es un honor. Permítame relacionar la importancia de ser, pero también de saberlo y por ende, de actuar en concordancia, esto es un principio bíblico que determina la identidad del cristiano.

Labranza es un sinónimo de campo y nosotros somos el campo de Dios, el campo donde Él siembra, de hecho hay una correlación muy bonita con ese término. En griego, labranza tiene que ver con el trabajo de la tierra, con las labores de campo y en 1 Corintios 3:9 se usa la palabra “*Husbandry*” (KJV, inglés antiguo) que es a su vez una palabra compuesta entre “casa” y “ocupante y labrador del suelo”, de allí viene la palabra “*husband*” que significa: esposo; es decir, en inglés la connotación de esposo es uno que ocupa y posee el campo, entonces cobra sentido que Dios es el dueño del campo. Las palabras al español no tienen la misma etimología (origen) y por eso es importante estudiar los términos. ¿Qué características cree usted que deba tener ese campo? Estudiemos algunas:

Evidentemente si Dios pondrá de su semilla, la tierra debería ser buena para que el fruto sea bueno: “Y otras semillas cayeron en buena tierra, y creciendo y desarrollándose, dieron fruto, y produjeron unas a treinta, otras a sesenta y otras a ciento por uno” (Marcos 4:8 LBLA). Esta parábola es una alusión directa al versículo que usamos como base, vemos que la semilla cayó en otras superficies (junto al camino, entre piedras y entre espinos) y algunas conclusiones que podemos sacar de estos versículos es que hay niveles de fructificación dentro del mismo campo; por otro lado, la semilla que no cae en el campo no prevalece; por lo tanto, la superficie que recibirá la semilla debe prepararse y Dios nos ayuda a prepararnos. En el versículo base leemos cómo Dios usa a sus ministros como colaboradores para la obra, la obra de la siembra y la edificación, ellos son el medio que Dios usa para exponer la semilla, explicarla, desearla y bajo ese proceso el Espíritu Santo nos convence de verdad y nosotros, la tierra, disponemos limpiar el terreno con su auxilio.

“La cavó por todas partes, quitó sus piedras, y la plantó de vides escogidas. Edificó una torre en medio de ella, y también excavó en ella un lagar; y esperaba que produjera uvas buenas, pero solo produjo uvas silvestres. Y ahora, moradores de Jerusalén y hombres de Judá, juzgad entre mí y mi viña. ¿Qué más se puede hacer por mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Por qué, cuando esperaba que produjera uvas buenas, produjo uvas silvestres?” (Isaías 5:2-4 LBLA). El campo debe prepararse constantemente, ha sido escogido, pero también retiene una responsabilidad y en los versículos anteriores vemos que el campo era bueno, la semilla era buena, pero aun así el fruto no fue lo esperado, eso sucedió porque aquel pueblo no practicó la justicia, sino que derramó sangre y causó angustia (Isaías 5:7). Los frutos del campo servirán para definir su calidad, por eso mismo es muy importante que no olvidemos que somos rama injertada (Romanos 11) que Dios en su misericordia nos “agregó” al olivo y que el olivo natural puede ser “devuelto” a donde estaba y nosotros podríamos ser retirados, por eso hay que permanecer en Cristo para llevar mucho fruto.

“Entonces Booz dijo a Rut: Oye, hija mía. No vayas a espigar a otro campo; tampoco pases de aquí, sino quédate con mis criadas” (Rut 2:8 LBLA). Booz era el dueño del campo y esto es una analogía con 1 Corintios 3:9. Rut ya había encontrado su identidad (Rut 1:16), pero no necesariamente su vida tornó en beneficios a las primeras de cambio; sin embargo, ella tuvo fe, perseveró, fue fiel y llega a este momento frente a quien sería su redentor. Cuando encontramos nuestra identidad en Dios sabemos en dónde estar, en dónde trabajar y lo que debemos hacer; lo que sucede a nivel espiritual definitivamente tendrá un impacto en todas las áreas de nuestra vida, ese ejercicio de fe es el que consolida nuestra identidad.

“No sembrarás tu viña con dos clases de semilla, no sea que todo el fruto de la semilla que hayas sembrado y el producto de la viña queden inservibles” (Deuteronomio 22:9 LBLA). Dice la Biblia que Dios es celoso y que no admite que adoremos otros dioses (Éxodo 34:14), Él no comparte su gloria y no le agradan las mezclas. Si nosotros somos su campo, en él no debe haber mezclas de semillas y Lucas 8:11-15 indica que la semilla es su palabra; por lo tanto, no debe haber otra cosa, sino palabra de Dios. ¿Qué otra cosa podría haber? Pues bien, puede haber humanismo, lo cual significa buscar la redención por medios propios y tal vez usted sí cree que solo en Cristo hay salvación, pero puede que también crea que solamente sus capacidades lo sacarán adelante, eso es una forma de humanismo. Dios conoce nuestras necesidades y es quien abre y cierra puertas, nos debemos a Él. Acepte y cuide la preciosa semilla para producir abundante fruto.



07

Edificio de Dios

Por Sophia de Rodríguez

Versículos de estudio

1 Corintios 14:12
Hebreos 11:1
2 Corintios 5:1
Proverbios 9:1
1 Corintios 8:1
Romanos 14:19

“Debemos ocuparnos en buscar nuestra identidad en Dios”

1 Corintios 3:9 VMP: “Porque nosotros somos colaboradores de Dios: vosotros sois la labranza de Dios, sois el edificio que Dios fabrica”. La palabra edificio proviene del griego G3619 *Oikodomē*, la idea principal se refiere tanto al acto de construir como a la estructura, es decir, al edificio. Una de las figuras de la identidad que Dios desea ministrarnos a través de su palabra es que somos edificio de Dios, el cual debe de llegar a ser su templo: “en quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor” (Efesios 2:21 LBLA).

Toda edificación comienza con un deseo y una propuesta en el corazón; lo vemos en Salomón quien determinó edificar casa al nombre de Jehová (2 Crónicas 2:1), él quería que el Señor habitara allí, que mirara esa casa y que quienes se acercaran tuvieran conocimiento, pero más que nada comunión con Dios; debía ser un lugar de encuentro, un lugar para alcanzar misericordia. Cuando Salomón terminó la edificación (1 Reyes 9:1-2), el Señor se le apareció para aprobar su obra, tal como él se lo propuso, así fue aceptada por Dios: “Y el Señor le dijo: He oído tu oración y tu súplica que has hecho delante de mí; he consagrado esta casa que has edificado, poniendo allí mi nombre para siempre; en ella estarán mis ojos y mi corazón perpetuamente” (1 Reyes 9:3 LBLA).

Un edificio tiene varias partes, pero la más importante son los cimientos los cuáles dan estabilidad, seguridad y soporte. Además, tiene columnas, muros y vigas que lo mantienen en pie. La parábola de los dos cimientos habla de dos hombres, uno de ellos atendió a la instrucción y puso sus cimientos sobre la roca; esta casa, a pesar de las pruebas y los problemas, no será destruida debido a la fortaleza de su fundamento. Pero el otro hombre oyó y no lo hizo, construyó sobre la tierra y sin fundamento; esto nos habla de edificar sobre cosas terrenales y en esas condiciones, ninguna casa resistirá aún la prueba más mínima. Ahora bien, lo que más llama la atención es que este hombre oyó y no hizo (Lucas 6:47-49). En el versículo 46 Jesús enseña sobre la importancia y la responsabilidad que conlleva escuchar y hacer.

Esta enseñanza toma especial valor porque nos hace responsables de cómo estamos edificando: no podemos poner un fundamento equivocado, por ejemplo, nuestros sentimientos, emociones, cosas materiales, capacidades o personas. Cristo es nuestra roca, el fundamento (1 Corintios 10:4), todo gira en torno a Él y no puede haber otro lugar más firme y seguro. El apóstol Pablo nos invita a tener cuidado de cómo edificar, siendo el fundamento Jesucristo: “Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como sabio arquitecto, puse el fundamento, y otro edifica sobre él. Pero cada uno tenga cuidado cómo edifica encima. Pues nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Corintios 3:10-11 LBLA). Otra parte muy importante del edificio son sus columnas, su función es soportar el peso de la estructura apoyándose en el fundamento, además interactúan con el resto del edificio. Veamos algunos ejemplos:

Respecto al amor, la Biblia dice: “para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor…” (Efesios 3:17-18). Debemos ser edificados en el amor, el amor de Dios. El edificio crecerá hasta donde nuestro amor lo permita; el amor de Dios no tiene límites, excede todo entendimiento, ¿pero, y el nuestro? Por eso es que debemos crecer en amor hacia Dios, hacia nosotros mismos y nuestros hermanos. Judas 1:20 nos habla de la fe que edifica, la fe nos da la certeza de nuestra identidad como edificio de Dios para llegar a ser su templo. La fe constituye una columna pues tiene su base en Cristo mismo. Todo inicio necesita de fe, se empieza creyendo, pero no en uno mismo sino en Aquel que lo llena todo: “Pero vosotros, amados, edificándoos en vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo” (Judas 1:20).

La unidad también es necesaria como una columna para que el edificio permanezca unido. Primero debemos estarlo a Cristo y luego a nuestros hermanos. El apóstol Pablo hace un llamado a ser responsables de buscar la unidad en este edificio que somos todos, lo cual implica un esfuerzo, humildad y compromiso de sobrellevarnos los unos a los otros en amor. Todo el edificio se mantiene unido debido a Él, quien hace que crezca y se convierta en un templo santo para el Señor (Efesios 2:21 PDT). No podemos edificarnos a nosotros mismos (Salmo 127:1), necesitamos que sea Dios quien lo haga y ser adornados por el Espíritu Santo, así también sobre el fundamento de los apóstoles y profetas y los cinco ministerios (Efesios 2:20, 4:11-12).

Nuestro edificio debe ser un lugar preparado y dedicado para que habite la presencia de Dios, por lo tanto, debe estar limpio. En Levítico 14 se menciona la lepra de la casa (figura del pecado) y para limpiarla, era necesario llamar al sacerdote para purificar la casa. Esa es una clara figura de que debemos cuidar este edificio, siendo importante crecer en conocimiento, ministrarse y encontrar nuestra identidad en Dios. ¡Bendiciones!



08

Templo de Dios

Por Sergio Licardié

Versículos de estudio

1 Corintios 6:19
Nehemías 2:10,19
Josué 15:6
Números 32:36
Oseas 10:14
1 Crónicas 4:21

Regresar al índice

“Limpiemos nuestro templo para que el Señor more en él”

Conocer nuestra identidad es de suma importancia para que sepamos quiénes somos y como consecuencia, hagamos adecuadamente lo que nos corresponde. Tiene tanta relevancia llegar a este entendimiento, ya que muchas veces no hacemos lo que debemos o hacemos las cosas de una forma incorrecta, porque desconocemos quiénes somos. ¡Qué importante es entonces conocer nuestra identidad! Es por esto que cuando la Biblia plantea la siguiente pregunta: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1 Corintios 3:16 LBLA), no solamente nos está diciendo que, en la identidad generalizada, es decir, la congregación global, somos templo de Dios, sino también en los diferentes contextos, lo cual nos enseña que nuestro cuerpo es templo, nuestro hogar o casa es templo y que nuestra congregación local es también templo del Señor. Aunado a esto, debemos comprender que, para llegar a ser plenamente un templo de Dios, debemos evolucionar. Veamos esas facetas de transformación:

Tumba

Cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados, éramos una tumba (Mateo 23:27). Quizás escondíamos el pecado y mostrábamos un aspecto externo de aparente santidad, ya que, al estar nuestro espíritu separado de Dios, éramos una tumba por cuanto el espíritu dentro de nosotros estaba muerto. También vemos en Mateo 27:52 que hay personas que resucitan al aceptar al Señor, pero no salen de la religión —tumba—, por lo que siguen siendo un sepulcro. Necesitamos tener una transición para salir de la tradición religiosa. Bajo la explicación de este artículo, una meta volante es alcanzar a ser templo, donde nuestro ser, nuestra casa e iglesia, se conviertan en morada del Señor.

Cárcel

Hebreos 13:3 nos enseña que nosotros estamos presos en este cuerpo. Nuestro espíritu debe ser liberado. Dicha libertad total viene con la transformación completa a ser templo de Dios, esto sucede cuando el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moran y cambian de tal forma nuestro ser integral, que ya no hay cadenas que nos puedan detener.

Edificio

Nosotros somos edificio de Dios (1 Corintios 3:9). Eso significa que debemos ser edificados y esto debe realizarse sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, con Cristo como piedra angular (Efesios 2:20). Uno de los aspectos de la profundidad y amplitud de esta enseñanza, es que quienes rechazan a cualquiera de los cinco ministerios —en este caso apóstoles y profetas—, no pueden ser edificados, quedándose en la faceta de tumba o cárcel porque están en religiosidad o encadenados bajo engaño.

Templo

Al alcanzar la estatura de templo, hay que limpiarlo. El Señor Jesucristo lo hizo dos veces: primero al inicio de su ministerio y luego al llegar a la finalización del mismo. Eso contiene una gran figura para nosotros, pues nos enseña que en su primera venida limpió el templo espiritual que compró y antes de su segunda venida, lo está limpiando de nuevo, porque se ha ensuciado y es imperativo quitar todo lo que estorba y consagrarlo para que Él more en nosotros.

Para limpiarnos como templo, podemos aprender de todas las cosas que sucedieron alrededor de la limpieza de los diferentes templos de Dios. Por ejemplo, los levitas que participaban de la limpieza del llamado tabernáculo de Moisés, realizaban diferentes acciones prescritas por Dios, para ejecutar su labor. Allí tenemos innumerables enseñanzas de herramientas, casos e instrucciones para ejecutar adecuadamente la limpieza de nuestro templo, es decir, cómo podemos ser limpios, qué nos falta limpiar, qué herramientas nos limpian, quiénes son las personas que ejecutan esa limpieza como siervos de Dios, entre otras.

En otra perspectiva, también nos ayudan a entender esa limpieza las incontables enseñanzas derivadas de la palabra *Bet* que se traduce casa o templo. En la Biblia aparecen términos compuestos con el vocablo *Bet*, siendo estas, figuras de lo que debemos limpiarnos. Algunos ejemplos son: *Bet-anat*, *Bet-semes*, *Bet-arabá*, *Bet-nimra*, *Bet-arbel*, *Bet-asbea*, *Bet-aram*, *Bet-avén*, *Bet-birai*, *Bet-dagón*, *Bet-emec*, *Bet-equed*, *Bet-esel*, *Bet-gader*, y muchísimas casas más que se pueden estudiar para entender de qué debemos limpiar nuestro templo.

Por último —no significa que agotamos el tema—, está la enseñanza profunda de cómo el Señor sacó a todos los que estaban en el templo en ese momento. Echó fuera cambistas, mercaderes de ovejas, bueyes y palomas y todos los que comerciaban dentro (Juan 2:15). Aunque no podemos profundizar en este apartado por razones de espacio, la figura nos enseña que es necesario que saquemos de nosotros todo lo que hay dentro del templo de Dios y que no lo lleva a ser una casa de oración. A nivel individual esto puede ser el menosprecio, la oposición a la restauración, burla, idolatría, así como objetos físicos en nuestra casa, actitudes incorrectas en la congregación, entre otras. La invitación del Señor es que limpiemos entonces nuestros templos, para que Él more permanentemente en nosotros.



09

El cuerpo de Cristo

Por Fernando Álvarez

Versículos de estudio

1 Corintios 12:12
Efesios 5:30
Colosenses 3:15
Efesios 4:4
Colosenses 1:24

Regresar al índice

“Sometámonos bajo la poderosa mano del Señor”

Respecto a la semejanza con Cristo se hace necesario establecer primeramente que la iglesia es el cuerpo místico de Cristo, tal y como lo afirma la Biblia: “Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno individualmente un miembro de él” (1 Corintios 12:27), mismo que está integrado o compuesto por muchos miembros, sin importar nacionalidad o etnia (1 Corintios 12:12-13), de tal manera que, aunque somos muchos, somos uno en Él.

Ahora bien, cada quien en lo individual tienen un cuerpo físico, mismo que también debe ser sometido a una transformación y convertirse por medio de la unidad en el cuerpo de Cristo, lo cual abarca el alma y el espíritu de cada uno; así se cumplirá la palabra que dice que vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo sea preservado sin falta, sin defecto e irreprensible para su venida (1 Tesalonicenses 5:23), dicho sea de paso, por medio de una santificación completa, la cual es atribución del Dios de paz; dando a entender que solo aquel que esté dispuesto a someterse bajo su mano y ser apartado para Él, podrá alcanzar esta transformación y optar al arrebatamiento (1 Pedro 5:6).

Con el objeto de poner en contexto dicha promesa, establezcamos que el cuerpo en el cual habita todo ser humano es un cuerpo natural, porque está constituido por carne, huesos y sangre, antes que Adán saliera del huerto, era solo carne y hueso (Génesis 2:23-24). Identificando así el momento cuando el hombre perdió la semejanza con Dios y terminó involucionando, finalmente ese mismo cuerpo natural, adquiere otras características, las cuales dan cuenta de dicha involución, se convirtió en un cuerpo terrenal, de humillación, de pecado y de muerte, tal y como sucedió con Adán luego de haber salido de la presencia de Dios, porque dicha separación es igual a muerte.

Sin embargo, el Señor Jesús durante su ministerio terrenal y antes de consumar su sacrificio, explicó que todo eso era necesario y que uno de sus propósitos era preparar una morada para todos en la casa de su Padre (Juan 14:2-4), refiriéndose a una residencia, un lugar o espacio, lo cual orienta a pensar que se trata de un nuevo tabernáculo, un nuevo cuerpo que es el cuerpo celestial, por lo que todo aquel que ha creído en Él, debe tener esta esperanza, la misma esperanza que manifestó el apóstol Pablo en medio de sus luchas, cuando dijo: “¡Pobre de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24), pregunta retórica, la cual se basaba en su convicción de la promesa y del proceso en su propia vida.

Dicho proceso inicia cuando se acepta al Señor como el único y suficiente salvador, dado que, por medio de su nacimiento, resucita el espíritu humano de cada persona y mediante la ministración y guianza del Espíritu Santo, se emprende una batalla la cual busca hacer crecer al hombre nuevo y matar el hombre viejo (Romanos 7:1-25). Lo cual debería conducir a la obtención de un cuerpo espiritual (1 Corintios 15:44), hecho que habrá de ocurrir en el tribunal de Cristo; esta sería como la primera parte del camino en la búsqueda por recuperar la semejanza con el Señor, la más difícil quizás, dicho cuerpo espiritual sería más o menos como el cuerpo del Señor Jesús cuando ya había resucitado, el cual caminaba, comía, palpaba, atravesaba paredes, etc. (1 Corintios 15:50; Lucas 24:39).

Por lo tanto, conviene recordar que el Señor Jesús marco el camino e hizo posible la redención para muchos y en su infinita misericordia ha dejado toda una estrategia y un conjunto de herramientas las cuales están contenidas en los cinco ministerios (Efesios 4:11-13). Cuyo propósito fundamental dentro de otras cosas es completar, reparar, ajustar, hacer apto y perfeccionar a los santos, es decir, a los que han sido apartados para Dios; función que habrá de concluir una vez sea alcanzada la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, lo cual ocurrirá cuando la iglesia en su conjunto se encuentre con Él en las nubes (1 Tesalonicenses 4:17) momento en el cual la misma iglesia alcanzará dicho cuerpo espiritual.

En tal sentido, la meta final es recuperar la semejanza con Dios, lo cual ocurrirá en un proceso posterior en donde se entresacará entre todos los salvos a los más que vencedores y serán revestidos de un cuerpo celestial (1 Corintios 15:40). Así como a los ministros genuinos del Señor, para que finalmente se alcance un cuerpo glorioso (Filipenses 3:21) el cual es reservado para los que heredaran el reino, el cual es imperativo obtener para estar en capacidad de estar y permanecer en donde está el Señor; solo así se cumplirá el anhelo del salmista que dijo: no estaré satisfecho hasta que pueda despertar a tu semejanza (Salmos 17:15).

Por lo tanto, la exhortación es a someterse bajo la poderosa mano de Dios, que son los cinco ministerios, para que a su tiempo y después de haber sido equipados para la obra del ministerio, sean todos levantados, arrebatados a la presencia de Cristo Jesús.



10

Hijos de Dios

Por Hari Chacón

Versículos de estudio

Rut 3:9
Lucas 15:21-24
1 Juan 4:19
Juan 3:16
Génesis 6:2
Judas 1:6

Regresar al índice

“El Señor nos llama sus hijos”

Una de las cosas más importantes en el evangelio es tener identidad, que es estar consciente de ese conjunto de rasgos y características que nos permiten ser distinguidos del resto y también para que, al saber quiénes somos, podamos hacer el papel adecuado y así cumplir con la voluntad de Dios, hasta llegar al objetivo que el Señor nos trazó al enviarnos a esta tierra. El Señor Jesucristo sabía exactamente quién era y fue probado cuando el enemigo lo tentó en el desierto: “y le dijo: Si eres Hijo de Dios, lánzate abajo, pues escrito está: “A SUS ANGELES TE ENCOMENDARÁ”, y: “EN LAS MANOS TE LLEVARÁN, NO SEA QUE TU PIE TROPIECE EN PIEDRA” (Mateo 4:6 LBLA). El Señor Jesús sabía su calidad de Hijo unigénito y que su Padre no lo iba a abandonar, pero también conocía su soberanía sobre toda creación y lo reprende, diciendo: “… También está escrito: “NO TENTARÁS AL SEÑOR TU DIOS” (Mateo 4:7 LBLA). Hay una afirmación religiosa que indica que todos los hombres y mujeres somos hijos de Dios, sin embargo, la Biblia no dice eso, pues un hijo de Dios debe tener ciertas características y cumplir ciertas condiciones para optar a ese precioso privilegio.

Identidad de hijo de Dios

Es necesario reconocer que sin el Señor Jesucristo no podemos llegar a ser hijos de Dios, pues al enfocar el siguiente versículo: “pues todos sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26 LBLA), podemos ver que es necesaria una característica primordial, inicial e indispensable en nuestra vida, que es la fe de que la única manera de salvarnos del castigo eterno a causa del pecado, es por medio del sacrificio de Cristo Jesús, al reconocerlo como nuestro Salvador: “Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre” (Juan 1:12 LBLA). Este versículo nos aclara que es necesario aceptar al Señor en nuestro corazón para poder optar a llegar a ser un hijo de Dios, lo que nos deja ver que, a partir de ser salvos, empezamos en una carrera que debemos recorrer, carrera a la cual llamamos conversión, pero es necesario enfatizar que no podemos llegar a tener una conversión sin antes tener la identidad de hijo, otorgada desde que aceptamos al Señor como Salvador.

Algo que se debe resaltar, es que no importan las circunstancias en las cuales fuimos engendrados y vinimos a este mundo, situaciones que pudieron ser adversas y de dolor, pues debemos saber que estábamos en su corazón y que fue Él mismo el que nos envió a esta tierra con un objetivo, afirmación que se respalda al leer: “que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios” (Juan 1:13 LBLA).

En la siguiente afirmación: “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6 LBLA). Podemos ver que la meta no es ser salvo y cambiar nuestra manera de pensar, sino llegar de vuelta al Padre, teniendo una conversión en la manera de actuar. En ocasiones, el camino que se recorre suele tener tropiezos y frustraciones, las cuales pueden hacer que se pueda perder la identidad de hijo de Dios, como le pasó al llamado hijo pródigo y por ello necesitamos el socorro del Espíritu Santo: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios “(Romanos 8:16 LBLA). Si ya aceptamos al Señor Jesús como Salvador y en algún momento, por causa de las caídas por el pecado en el caminar, nos hemos llegado a preguntar ¿Soy hijo de Dios?, pero hemos intentado permanecer apartados del mal y agradarle a Él, entonces, la palabra nos muestra que los hijos de Dios, tenemos preparada una herencia si permanecemos: “y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él a fin de que también seamos glorificados con Él” (Romanos 8:17 LBLA).

La identidad de hijo de Dios también nos da el privilegio de disfrutar su amor, pues nos lo enfatiza diciendo: “Mirad cuán gran amor nos ha otorgado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios…” (1 Juan 3:1), reconociendo que: “Nosotros amamos, porque Él nos amó primero” (1 Juan 4:19 LBLA).

El peligro de no tener identidad de hijo

El tener identidad es sumamente importante, pues podemos ver que hubo algunos hijos de Dios que perdieron su identidad angélica dejando su gloria y tomaron mujeres de entre las hijas de los hombres y fueron merecedores de prisión eterna, pero es aún más peligroso perder la identidad de hijo de Dios, pues al no tenerla, se corre el riesgo de querer comer aunque sea de las algarrobas dadas a los cerdos, como fue el caso del llamado hijo pródigo.

Dios nos ha dado el privilegio de ser llamados sus hijos y también tenemos la dicha de que nuestro Señor Jesús nos considera sus hermanos: “Porque tanto el que santifica como los que son santificados, son todos de un Padre; por lo cual Él no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11 LBLA). ¡Maranata!



EDICIÓN #175
LABRANZA
DE DIOS
Porque nosotros somos colaboradores de Dios,
y vosotros ***sois labranza de Dios,*** *edificio de Dios*
1 Corintios 3:9 LBLA

“Cuando Dios da la visión, también da la provisión”

Apóstol Sergio Enríquez



11

Una unidad compuesta

Por Por Julio Lacan

Versículos de estudio

Juan 10:30
Santiago 2:19
1 Timoteo 2:5
Efesios 3:17-19
2 Corintios 5:17
Filipenses 2:2

Regresar al índice

“Para alcanzar unidad debemos tener humildad”

La identidad es determinante para poder desarrollar nuestra relación con Dios, tal y como lo hizo Ruth con Booz, quienes representan la relación entre Cristo y su iglesia (Rut 3:9). Cuando nosotros entendemos quienes somos, tenemos la capacidad de hacer las cosas para las que fuimos llamados, en el tiempo y el lugar correcto. En la Escritura encontramos diversas facetas de nuestra identidad, una de ellas es la “unidad compuesta” la cual encontramos en el siguiente versículo: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28), podemos ver que la palabra declara que, como iglesia son quitadas las fronteras y pasamos a ser uno solo, para ello debe existir una evolución en nuestra vida. Es tan importante que alcancemos la unidad que el mismo Señor Jesús pidió en oración: “Mas no ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno…” (Juan 17:20-21). Veamos a continuación lo que significa en nuestra identidad ser uno, y el impacto que tiene en nuestra relación con Dios.

Iniciaremos reconociendo que existe una unidad divina la cual está formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En los evangelios, el Señor Jesús nos enseñó que el Padre y el Hijo son uno solo: “La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”(Juan 17:22), el Señor Jesús recibió una gloria que le permite ser uno con el Padre y nos quiere hacer partícipes de esa bendición. Él nos comparte esa gloria cuando permitimos que habite en nuestro corazón (Juan 17:23), para que su amor y presencia habiten en nosotros. Dios también se manifiesta como el Espíritu Santo, quien también es uno solo: “Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad” (2 Corintios 3:17).

Debemos anhelar que Dios nos llene de su presencia para que venga libertad a nuestra vida. Existen varios versículos bíblicos que nos enseñan que Dios es uno solo, en Deuteronomio 6:4 y Marcos 12:29 se declara que el Señor uno es; Gálatas 3:20 nos recuerda que hay un solo mediador, Efesios 4:6 describe que hay un solo Dios y Padre; todos estos pasajes refuerzan el mensaje con total claridad de que nuestro Dios es uno solo.
La siguiente medida de la unidad compuesta la vemos en el siguiente versículo: “yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en unidad…” (Juan 17:23). Esta unidad se refiere a que todos aquellos que hemos creído en su mensaje, llegamos a ser uno con Dios. Este milagro Dios lo opera en nuestra vida cuando le recibimos en nuestro corazón, la identidad que nos da es que somos uno con Él, esto es algo incomprensible para la mente humana y requiere fe, pues es Dios mismo habitando en nosotros para que podamos hacernos uno solo, el sacrificio del Señor Jesús nos permite acceder a esta forma de vida tal y como lo mencionaba el apóstol Pablo cuando decía: “Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Además, tenemos la bendición de ser templo para que habite el Espíritu Santo en nuestra vida: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre; es decir, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce, pero vosotros sí le conocéis porque mora con vosotros y estará en vosotros” (Juan 14:15- 17), y el Padre también habita en nosotros a través del Hijo: “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:20). Dios ha decidido habitar en cada uno de nosotros, debemos anhelar y buscar vivir para Él (1 Juan 2:6).

La última parte de la ecuación de esta unidad compuesta se forma cuando nos volvemos un solo cuerpo con nuestros hermanos en la fe: “Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno individualmente un miembro de él” (1 Corintios 12:27), debemos esforzarnos por alcanzar esa unidad: “Esforzaos por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también fuisteis llamados a una sola esperanza; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y por medio de todos y en todos” (Efesios 4:4-6).

Hay ciertos principios bíblicos que nos ayudan a alcanzar la unidad, dentro de ellos se encuentran el bautismo en agua: “Pues por un mismo Espíritu todos fuimos bautizados en un solo cuerpo, ya judíos o griegos, ya esclavos o libres, y a todos se nos dio a beber del mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13), la participación de la Santa Cena (1 Corintios 11:23), la ministración de los cinco ministerios (Efesios 4:11-13). La iglesia del principio, de acuerdo con Hechos 4:32, se caracterizó por la unidad que llegaron a tener un mismo corazón y una misma alma, llegaron a un nivel tan grande de unidad que todas las cosas las tenía en común. Para alcanzar la unidad se requiere humildad, pero traerá una enorme bendición de parte de Dios para tu vida.



12

Descendencia de Abraham

Por Louisette Moscoso

Versículos de estudio

Rut 1:16
Romanos 9:7-8
Mateo 5:14
1 Pedro 2:5
Tito 3:5

Regresar al índice

“Somos la promesa de Dios”

Gálatas 3:29 LBLA: “Y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa”

Cuando recibimos al Señor Jesucristo en nuestra vida, Él nos revela cuál es nuestra verdadera identidad: quiénes éramos antes de creer y quiénes somos después de aceptarlo como nuestro Señor y Salvador. Descubrimos quién es Dios para nosotros y quiénes son los que nos rodean. Tal fue el caso de Rut, la moabita, quien, al refugiarse bajo las alas del Dios de Israel, vio su identidad transformada, llegando a ser parte del pueblo de Dios. Rut fue redimida por Booz cuando ella le pidió que la redimiera, ya que él era su pariente más cercano y ella se consideraba su sierva.

Al venir a Cristo, lo primero que descubrimos es que Él nos ha aceptado como sus hijos y que Él es nuestro Padre. A partir de ahí, Él nos va revelando quiénes somos en Cristo. Aprendemos que Él es la luz y que nosotros también somos luz del mundo; que Él es la piedra angular y nosotros somos piedras vivas; que Él es la puerta de las ovejas y nosotros somos puertas eternas, entre otras cosas.

Otra faceta de nuestra identidad es que somos descendencia de Abraham “Y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa” (Gálatas 3:29 LBLA). Él es nuestro padre en la fe, es decir, que cuando creemos en el Señor Jesucristo, alcanzamos la promesa de la herencia que Dios le dio a Abraham, porque compartimos la misma fe que él.

Dios le dijo a Abraham que le daría una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y como la arena a la orilla del mar. Esto se refiere a todos los que iban a creer en Jesucristo como su Salvador.

Así como Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia (Gálatas 3:6 LBLA), los que son de fe son hijos de Abraham y han sido justificados por fe (Gálatas 3:7 LBLA). Por eso, la Biblia dice que: “...el justo vivirá por su fe” (Habacuc 2:4 LBLA).

Por la ley, nadie podía salvarse, porque si incumplía con uno solo de los mandamientos, se hacía maldito: “Maldito todo el que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gálatas 3:10 LBLA). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros (porque escrito está: ‘Maldito todo el que cuelga de un madero’),”a fin de que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzara a los gentiles, para que recibiéramos la promesa del Espíritu mediante la fe” (Gálatas 3:13-14 LBLA).

Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia, pero no a sus descendientes según la carne, sino a su descendencia conforme a la promesa; y esta descendencia es una sola y se refiere al Señor Jesucristo: “Ahora bien, las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No dice: ‘Y a los descendientes’, como refiriéndose a muchos, sino más bien a uno solo: ‘Y a tu descendencia’, es decir, Cristo” (Gálatas 3:16 LBLA). A Abraham, Dios le dio una herencia que no depende de la ley, porque cuando se la prometió, la ley aún no existía, sino que fue dada por medio de una promesa a su descendencia y a todos los que creen en Cristo.

La Biblia nos dice que cuando los ángeles cayeron, Dios no los socorrió a ellos, pero sí lo hizo con la descendencia de Abraham, y con todos aquellos humanos que, aunque habían caído, se arrepintieron y se acogieron al plan de salvación en Cristo: “Porque, ciertamente, no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham” (Hebreos 2:16 LBLA).

Cuando el Señor vino en carne, también socorrió a la simiente de Abraham. Por eso, liberó y sanó a la mujer encorvada que llevaba dieciocho años atada por el diablo con un espíritu de enfermedad: “Y esta, que es hija de Abraham, a quien Satanás había atado durante dieciocho largos años, ¿no debía ser librada de esta atadura en el día de reposo?” (Lucas 13:10-17 LBLA).

El Señor también socorrió a Zaqueo, jefe de los que cobraban impuestos para Roma, quien se había hecho muy rico. Él también era hijo de Abraham: “Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa, ya que él también es hijo de Abraham” (Lucas 19:1-10 LBLA). Cuando creyó en Jesús, devolvió lo que se había robado y repartió la mitad de sus bienes a los pobres, porque al creer en el Señor, ocurre un cambio de mente, un cambio de naturaleza, un nuevo nacimiento, por ende, un cambio de vida.

Cuando venimos a Cristo, somos justificados por la fe, y al creer en Él, nos constituimos hijos de Dios: “Porque todos sois hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26 LBLA). Y por consiguiente, también somos herederos: “Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por medio de Dios” (Gálatas 4:7 LBLA), según la promesa: “Y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa” (Gálatas 3:29 LBLA). Y porque somos hijos, el Espíritu de Cristo viene a nuestros corazones para que podamos llamar a Dios Abba Padre, una expresión usada por un niño pequeño hacia su padre, que expresa una confianza absoluta en Él: “Y porque sois hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando: ‘¡Abba, Padre!’” (Gálatas 4:6 LBLA).

Habiendo recibido el Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo también viene a hacer morada en nuestro espíritu: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1 Corintios 3:16 LBLA), para que podamos obedecer su ley escrita en nuestros corazones y mentes: “Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré” (Hebreos 10:16 LBLA).

Por medio del Espíritu Santo podemos vencer los deseos y las obras de la carne para obedecer al Señor y su palabra: “Digo, pues: Andad por el Espíritu, y no cumpliréis el deseo de la carne” (Gálatas 5:16 LBLA). Es glorioso saber que el Espíritu Santo fue enviado por el Padre para completar la obra redentora que Cristo comenzó en nuestra vida.

Por eso, no se trata de hacer, sino de ser. Quien trata de hacer obras sin haber experimentado un cambio en su vida no verá frutos duraderos, pero quien es una nueva criatura en Cristo, lo que hace es solo el resultado de la regeneración y renovación que el Espíritu Santo ha hecho en su vida. Y este es un proceso que ya ha comenzado en los creyentes, pero que debe continuar hasta alcanzar la perfección.



13

Herederos según la promesa

Por Jorge Contreras

Versículos de estudio

Hechos 7:2-5 LBLA
Romanos 15:8-13 *TA
Apocalipsis 22:16 *TA
Génesis 21:10 LBLA
Juan 1:11-12 BTX3
Efesios 5:5-7 LBLA

Regresar al índice

"Preparémonos para recibir la herencia que el Señor tiene para nosotros"

En este artículo nos dedicaremos a profundizar un poco respecto a nuestra identidad como herederos, según la promesa que fue hecha hace más de cuatro mil años a Abram. Cuando Jehová escogió a Abram le dijo: "Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y al que te maldiga, maldeciré. Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra" (Génesis 12:2-3). Más adelante, en una segunda aparición en el versículo siete le promete: "A tu descendencia daré esta tierra", pero para entonces, Abram no tenía hijo, sin embargo, también le promete: "… tu recompensa será muy grande" (Génesis 15:1) y le ofrece: "…Tu heredero será uno que saldrá de tus entrañas, él será tu heredero" (Génesis 15:4). Entonces le mostró las estrellas del cielo y le ofreció que así de incontable sería su descendencia. Abram creyó en el Señor y Él se lo reconoció por justicia, pero aún no tenía hijo.

Más adelante, cuando Abram tenía ya noventa y nueve años, Jehová le confirmó su pacto, pero de una manera condicionada: "…anda delante de mí y se perfecto. Y yo estableceré mi pacto contigo y te multiplicaré en gran manera" (Génesis 17:1-2); Abram se postró aceptando el pacto y Dios le dijo serás padre de multitud de naciones, y en ese momento le cambió el nombre. Así, Dios engrandeció el nombre de Abram al agregarle la letra *Hei*, que es la quinta en el alefato hebreo y como sabemos, el número cinco significa gracia y misericordia; así que podemos ver que Dios le añadió estas dos bendiciones al nombre del padre de la fe, pero además le ofreció la extensión del pacto para su descendencia: "Y estableceré mi pacto contigo y con tu descendencia después de ti por todas tus generaciones, por pacto eterno, de ser Dios tuyo y de toda tu descendencia después de ti" (Génesis 17:7). Lo cual nos dice que la descendencia de Abraham es por pacto, por fe para justificación y por haberle añadido la letra *Hei* = gracia y misericordia. Así que debemos entender que la descendencia de Abraham a través del hijo de la promesa (Cristo), es la receptora de la herencia, que es según la promesa (Gálatas 4:7).

El apóstol Pablo hace una alegoría entre Agar y Sara en Gálatas capítulo cuatro, homologando a la descendencia de Agar, la esclava del monte Sinaí, que corresponde a la Jerusalén actual y Sara la libre, de la Jerusalén de arriba, nuestra madre (versículos 24 al 26) y subraya en el versículo 28 de una manera indudable: "Y vosotros, hermanos, como Isaac, sois hijos de la promesa". Es en ese punto cuando entendemos que es por fe, para que la promesa sea firme con toda la descendencia de Abraham (Romanos 4:16) y Cristo nos redimió de la maldición de la ley a fin de que, por medio de Él, la bendición de Abraham viniera sobre todos los gentiles (Gálatas 3:13-14). "Y si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa" (Gálatas 3:29). ¿Cómo llegamos a ser de Cristo para hacernos descendencia de Abraham? La respuesta está en el versículo más famoso de la Biblia: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito [Cristo], para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, más tenga vida eterna" (Juan 3:16).

La fe en Jesús y al recibirlo como nuestro Dios, Señor y Salvador es lo que permite que recibamos el espíritu de adopción (G5206 *Huiodsesia*) como hijos y que podamos clamar *Abba* Padre, entonces es el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y si somos hijos, también herederos de Dios y coherederos con Cristo (Romanos 8:17). Ahora bien, este último versículo, nos señala una condición muy importante para ser herederos de Dios y coherederos con Cristo: Que en verdad padezcamos con Él, a fin de que también seamos glorificados con Él, porque es necesario que salga a luz la manifestación de los hijos de Dios, para que la creación sea liberada de la esclavitud de la corrupción, a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, porque aún no se manifiesta lo que hemos de ser, por eso el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad, ya que ni siquiera sabemos orar como conviene (Romanos 8:26).

Además de la ayuda del Espíritu Santo, mientras los herederos somos niños, inmaduros, aunque somos dueños del cosmos por herencia, necesitamos guardianes y tutores hasta la edad señalada por el Padre (Gálatas 4:1-2).
Cabe observar que la palabra guardián G2012 *Epitrofos* se traduce: uno bajo cuyo cuidado y honor, alguien es instruido, mientras que la palabra tutor G3623 *Oikonomos* se traduce como: superintendente y también mayordomo, los cuales son designados por el Padre para preparar a los hijos, de tal manera que, maduren y no se vuelvan a la esclavitud de los pequeñitos. Esta es la tarea de los cinco ministerios que Cristo, en su manifestación como nuestro Padre Eterno (Isaías 9:6), ha dejado para equipar a los santos, para edificación del cuerpo de Cristo (Efesios 4:11-13), de modo que estemos preparados para recibir la herencia de los hijos.



14

Conciudadanos de los Santos

Por Rodrigo Hernández

Versículos de estudio

Efesios 2:19-20 (BSO)
Juan 1:12 (LBLA)
Efesios 2:20-21 (LBLA)
Romanos 8:16–17 (NLBLA)

Regresar al índice

“Permanezcamos en los principios del Señor”

Efesios 2:19-20 BSO: “Por eso, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”. En las últimas semanas, en la iglesia hemos sido enseñados acerca de la identidad y las clases que tenemos o deberíamos alcanzar como hijos de Dios, para poder caminar como ciudadanos y herederos de su reino.

La identidad, según el Diccionario de la Real Academia Española, significa: conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan y diferencian frente a los demás. Desde el momento que nos convertimos al Señor pasamos a ser hijos de Dios, así como está escrito: “Pero a todos los que le recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, es decir, a los que creen en su nombre” (Juan 1:12 LBLA), esto significa que, al recibirle se nos da la identidad de hijos y de pertenecer a su reino. Conocer nuestra identidad terrenal es saber quiénes somos, los rasgos y características que nos distinguen de los demás.

En la cita inicial —Efesios 2:19—, se mencionan tres palabras importantes que son la base de este tema: extranjeros, forasteros y conciudadanos, lo cual es necesario conocer con base a lo que dice la palabra de Dios.

La palabra extranjero viene de la raíz G3581 *Xénos* que significa: desconocido, extraño, ajeno; forastero se deriva de la raíz G3941 *Pároikos* que se traduce: advenedizo, vecino, exiliado, habitar al lado de, morando cerca y la palabra conciudadanos viene del término G4847 *Sumpolítes* que se traduce: conciudadano, nativos del mismo pueblo, misma ciudadanía.

Y cuando vemos en la cita antes mencionada, dice que somos: conciudadanos de los santos. El apóstol Pablo dice que aquellos de nosotros que hemos venido a Cristo, ya no somos extranjeros ni forasteros, sino que somos: conciudadanos de los santos, conciudadanos de Abraham, Noé, Moisés, Elías, David, entre otros, hombres santos de Dios que dejaron escrito su testimonio para nuestro caminar. Hemos entrado en un nuevo reino, el reino de Dios, ha cambiado nuestra ciudadanía y ahora nos encontramos bajo otra autoridad, la autoridad de Dios.

Lo que hace que nos regocijemos en nuestra ciudadanía, es que disfrutamos de ciertos privilegios. En el reino de Dios nosotros tenemos la protección de un rey. Hay poder a su disposición, el poder de la resurrección, la clase de poder que obra mucho más allá de la manera de pensar y de los planes humanos, Dios nos invita a pedirle su ayuda respecto a ese recurso siempre que lo necesitemos. Esta es la gran verdad que explica el apóstol Pablo para nuestros corazones, que hace que tengamos acceso al Padre, quien es el Rey y tiene una enorme autoridad y poder en los asuntos del mundo.

El apóstol Pablo continúa hablando acerca de una relación más íntima, nosotros hemos sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien ajustado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor (Efesios 2:20-21 LBLA), es posible que esto de la impresión de ser en cierto modo menos importante, después de todo, un edificio es un objeto un tanto frío e impersonal en comparación con la relación de una familia, pero de hecho el apóstol se está acercando aún más, refiriéndose a una relación íntima porque está enfatizando la intimidad de los miembros de la misma habitación de Dios, los unos con los otros y con el Señor.

Es posible para los miembros de una familia encontrarse dispersos por la tierra, pero en la estructura del edificio, ninguna separación de las piedras que forman los muros es posible. Si se separasen las piedras —es decir, si estuviéramos divididos— el edificio se derrumbaría, de modo que el apóstol nos está mostrando una relación más íntima. Ahora ya no somos extranjeros, forasteros, advenedizos, desconocidos, extraños ni ajenos, sino que somos conciudadanos, nativos del mismo pueblo, una misma ciudadanía, tenemos una nueva identidad, somos hijos de Dios y pertenecemos a su reino.

Escrito esta: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si en verdad padecemos con Él a fin de que también seamos glorificados con Él” (Romanos 8:16–17 NLBLA). La ciudadanía en el reino de Dios implica un gran privilegio, también la responsabilidad de actuar y vivir conforme a los principios de ese reino.



15

Miembros de la familia de Dios

Por Pablo y Mónica Orellana

Versículos de estudio

Efesios 2:12 LBLA
Filipenses 3:20 RVG
Hebreos 12:22-24 BLA
Mateo 10:25 RVC
1 Juan 3:1 LBLA
Gálatas 4:26-31 LBLA

Regresar al índice

“Somos herederos del reino de Dios”

En Efesios 2:19 BTX3 dice: “Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino que sois conciudadanos con los santos y miembros de la familia de Dios”. Miembros de la familia de Dios se refiere a una relación más íntima y estrecha según Pablo Besson, en el Nuevo Testamento traduce esta idea como domésticos de Dios. Da a entender el domicilio particular del ciudadano. Pertenecemos a la familia de Dios por derecho de haber sido escogidos para adopción como hijos suyos (Efesios 1:5) y por eso cohabitamos con los demás miembros de la familia con iguales privilegios como hermanos en Cristo. Esta relación de ciudadanía y familiaridad enfatiza la paz que tenemos con Dios en Cristo Jesús.

Aunque el concepto de “ciudadanos” se refiere más bien a una estructura estatal, aquí este aspecto comunitario se presenta como casa de Dios, en el sentido de una verdadera y propia familia. La palabra griega lo traduce como: perteneciente a la casa. Aquí se trata de casa, de familia de Dios, en la que Dios mismo es el Padre y Jesucristo el Hijo. En Él hemos sido llamados a entrar en esta familia divina y convertirnos en hijos en la casa de Dios. Pero hay todavía más: una casa es un hogar, siendo cálido e íntimo; un hogar no es comparable y cuando se le descubre y recibe por primera vez, como es el caso del niño abandonado. Y esto eran precisamente los paganos, que ahora en la casa de Dios se han convertido en hijos: “Y seré para vosotros como Padre, y vosotros seréis para mí como hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso” (2 Corintios 6:18 LBLA).

La idea anterior indica la intimidad que ahora tenemos con Dios como miembros de su propia familia. Hemos llegado al círculo más íntimo de la relación con Dios. “Así que entonces, hagamos bien a todos según tengamos oportunidad, y especialmente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10 LBLA). Para traducir correctamente este versículo es preciso considerar lo siguiente: Pablo no dice solo que “hay que aprovechar cada oportunidad para hacer el bien”, sino que hay que hacerlo en tanto aún el Señor nos deja tiempo, es aprovechar la oportunidad mientras todavía es posible; mientras hay tiempo, mientras tenemos oportunidad, aprovechando aún el tiempo que nos queda. “Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su familia, es peor que un incrédulo y ha negado la fe” (1 Timoteo 5:8 BTX3), quiere decir que nosotros debemos tener nuestra identidad de miembros de la familia de Dios, haciendo el bien a todos y en especial a los de casa, porque esa es una labor que nosotros debemos procurar entre los miembros de la familia, mantener la paz, el amor y el gozo.

“Por esta causa, pues, doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra, que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior” (Efesios 3:14-16 LBLA).
La gran familia de Dios incluye a todos los que en el pasado han creído en Él , los que lo han hecho en el presente y los que lo harán en el futuro. Todos somos una familia porque tenemos a un mismo Padre. Él es la fuente de toda la creación, el dueño legítimo de cada cosa. Dios promete su amor y poder a su familia, la iglesia (Efesios 3:16-21); si queremos recibir sus bendiciones, es importante que nos mantengamos en armonía con otros creyentes en el cuerpo de Cristo. Quienes se aíslan de la familia de Dios y tratan de seguir solos, se privan del poder de Dios (Proverbios 18:1). Entonces no debemos aislarnos, al contrario, debemos buscar la paz, unidad y el bien entre nosotros los miembros de la familia de Dios, sabiendo que eso también se nos demanda con nuestra familia biológica.

Dios es el Padre a quien debe referirse también el origen de toda familia celestial. Pero también las familias de la tierra, pueblos y naciones, todos tienen en Dios el único Padre, no solo el pueblo escogido. Dios se ha mostrado como Padre de los pueblos precisamente porque ha llamado a estos pueblos (en lenguaje judío, los gentiles) a la salvación en Jesucristo. La familia de Dios tiene que ver con la vida y el disfrute; todos los creyentes nacieron de Dios en su casa para disfrutar sus riquezas. El reino de Dios tiene que ver con el derecho y la responsabilidad; todos los creyentes nacidos en la familia de Dios tienen los derechos civiles y también las obligaciones del reino de Dios; la familia de Dios es un conjunto que nos da identidad, que nos da sentido de pertenencia y por consiguiente somos coherederos con Cristo (Romanos 8:17) y por resultado herederos del reino de Dios. ¡Maranata!



16

La verdadera circuncisión

Por Sammy Pérez y Yeimi Aguare

Versículos de estudio

Deuteronomio 10:16
Deuteronomio 30:6
Filipenses 3:2-3
Hechos 7:51
Hechos 15:1, 5, 10
Gálatas 6:12-15

Regresar al índice

“Permanezcamos junto al Espíritu Santo”

Filipenses 3:3 LBLA: “Porque nosotros somos la verdadera circuncisión, que adoramos en el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no poniendo la confianza en la carne”. Después de la resurrección y ascensión del Señor Jesús, los discípulos empezaron a expandir el evangelio y los gentiles empezaron a convertirse y ser parte de la iglesia de Cristo. Esto fue algo difícil de asimilar para los judíos, por eso algunos de la secta de los fariseos que habían creído en Cristo, se levantaron para enseñar que los gentiles debían circuncidarse y guardar la ley de Moisés para ser salvos; por tal razón, los apóstoles se reunieron para enseñar que no era necesario que los gentiles se circuncidaran para ser salvos, sino que la salvación se obtiene por gracia.

Según la enseñanza apostólica nosotros no tenemos que circuncidarnos literalmente, pero esto no significa que no tengamos circuncisión; entonces, ¿cuál es la circuncisión que se nos realiza a nosotros? Es una circuncisión espiritual no hecha por manos y eso es lo que explica el apóstol Pablo que nosotros somos la verdadera circuncisión, la cual no se hace exteriormente en la carne. Nosotros estábamos muertos en nuestros delitos y en la incircuncisión de nuestra carne, pero Cristo nos dio vida, ha perdonado todos nuestros pecados y en Él fuimos circuncidados con una circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por medio de la circuncisión de Cristo (Colosenses 2:11-13). Veamos qué áreas de nuestra vida deben ser circuncidadas, para conocer nuestra verdadera identidad en Cristo.

Circuncisión del corazón (Romanos 2:28-29)

La circuncisión no es la que se hace exteriormente en la carne, sino que la circuncisión es la del corazón por medio del Espíritu. La Biblia enseña que del corazón provienen maldades y como salen de adentro contaminan al hombre (Marcos 7:21-23; Mateo 15:19-20); es decir, que lo que sale de nosotros es lo que nos contamina (Marcos 7:20). También hay pecados de intención que, aunque no se llegan a consumar, ya pecamos en nuestro corazón, por ejemplo: el que codicia a una mujer ya cometió adulterio con ella en su corazón (Mateo 5:28), por eso es importante circuncidar nuestro corazón, ¿cómo lo circuncidamos? Por medio del Espíritu Santo y por medio de la fe (Romanos 2:29; Hechos 15:9).

Circuncisión de oídos (Jeremías 6:10 RV1960)

Cuando los oídos son incircuncisos no podemos escuchar la palabra de Dios, tampoco podremos amarla, ni deleitarnos en ella. Si nos acostumbramos a escuchar lo que no edifica como la murmuración o el chisme, evidencia que no se ha eliminado la carnalidad de los oídos y la consecuencia es que no lograremos oír ni entender la palabra del Señor. Tener oídos incircuncisos es tener oídos cerrados y si no podemos escuchar la palabra de Dios, cómo podremos tener fe y crecer en ella, ya que la fe viene por el oír la palabra de Dios (Romanos 10:17) y si no oímos la palabra, tampoco podremos entenderla, si no la entendemos no vamos a dar fruto. Necesitamos que nuestros oídos sean circuncidados por medio de la instrucción (Job 36:10). Instrucción viene de H4148 *Musár* que se traduce como: corrección, disciplina, doctrina, enseñanza; quiere decir, que por medio de la doctrina y enseñanza de Cristo nuestros oídos son circuncidados, pero también cuando nos corrigen y disciplinan están circuncidando nuestros oídos, por eso es importante no rechazar, ni evadir la disciplina. El que tiene oídos circuncidados no será un oidor olvidadizo, sino un hacedor eficaz de la palabra de Dios y será bienaventurado en todo lo que hace (Santiago 1:22-25).

Circuncisión de la boca (Éxodo 6:30 BTX4)

Lo que sale de nuestra boca proviene de nuestro corazón (Mateo 15:18); es decir, que nuestra boca está íntimamente ligada a nuestro corazón. Nuestra forma de hablar determina si nuestra boca está circuncidada o no. También es importante analizar lo que entra por nuestros oídos, ya que ministra nuestro hablar, si lo que oímos son chismes, murmuraciones, obscenidades, esa será también nuestra forma de hablar. Recordemos que las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres y las buenas conciencias (1 Corintios 15:33 RV1960; PSH); entonces, para que nuestros labios sean circuncidados, también es necesario analizar quiénes son nuestros amigos y cómo son sus conversaciones. Veamos el ejemplo del profeta Isaías que confiesa que es de labios inmundos y que habita en medio de un pueblo de labios inmundos, probablemente el ambiente que lo rodeaba provocó que su hablar se contaminara y fue por medio de un carbón encendido que le circuncidaron su boca, para purificar su forma de hablar (Isaías 6:5-7).

La circuncisión que el Señor quiere para su amada iglesia no es la que se hace exteriormente en la carne, sino aquella que es espiritual, la cual quita de nosotros todo exceso de carne, para que ya no vivamos de forma desenfrenada, sino que podamos vivir y andar en el Espíritu para así, jamás satisfacer los malos deseos de la carne (Gálatas 5:16 RVA).



17

Hijos de la luz

Por Edwin Castañeda y Luis Méndez

Versículos de estudio

Isaías 49:9
Lucas 1:79
1 Juan 2:8
Hechos 26:18
Proverbios 2:13

Regresar al índice

“Glorifiquemos a Dios, nuestro Padre”

El Señor Jesucristo se presentó como la luz de mundo, en su venida hace 2000 años: “Jesús les habló otra vez, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12 LBLA). El versículo lo que describe es que en Dios no solamente se encuentra la luz o el que sea un portador de ella, sino que Él es la luz, Él es la fuente, es el origen de ella. Esto es importante comprenderlo, porque nuestro estudio se realizará sobre nuestro papel como hijos de la luz, de esa luz increada que viene de Dios, que es la fuente primigenia.

La base del presente estudio está en 1 Tesalonicenses 5:5 LBLA: “porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas”, el apóstol Pablo está dando instrucciones sobre los acontecimientos proféticos, explicando que estos tiempos serán discernidos por los que estemos en la categoría de hijos de la luz, siendo diferente para los que duermen y moran en la oscuridad. Es interesante el termino hijos de la luz ya que vemos que la palabra hijos viene del griego G5207 *Juios* que hace referencia a uno que es aceptado o adoptado (Juan 19:26). Los hijos *Juios* son pacificadores (Mateo 5:44), son discípulos (Mateo 12:2). El termino luz, viene del griego G5457 *Fós* que se traduce como: brillar, rayos, luminosidad, fuego, luz, resplandor. Es interesante que a los cristianos fieles la Biblia les llama: hijos de luz (Juan 12:36).

Cuando el Señor Jesucristo se presenta como la luz, también deja claro que ello será manifiesto en el tiempo de su presencia en la tierra: “Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo” (Juan 9:5 LBLA), lo que nos deja la pregunta de ¿quiénes ocuparían esa función al ya no estar Él en el mundo? El versículo de 1 Tesalonicenses 5:5, nos empieza a dar la respuesta, indicando que nosotros somo hijos de luz, pero ¿cómo llegamos a ser hijos de la luz?

El Señor Jesucristo al ver la incredulidad del pueblo, ya que, aun viendo las señales y milagros, se resistían (Juan 12:37) y les explica que, para ser hijos de la luz, es necesario que crean en la luz. Esta palabra creer viene del griego G4101 *Pisteuo* que se traduce como: tener fe, confiar, especialmente en Cristo, encomendar, fiar, guardar, creer y ese creer es en la luz que es nuestro Señor Jesucristo. Esto entonces tiene mucha relación con la fe, pero una fe puesta en Él y del resultado que en nuestra vida puede tener: “Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz…” (Juan 12:36 LBLA).

Cuando el Señor Jesucristo se marcha físicamente de este mundo, queda entonces en su pueblo esa delegación de continuar iluminando y de ser luz, pero no una luz personal o propia, si no la luz de Cristo reflejada en nuestro actuar. Un ejemplo de lo anterior es la relación que tiene el sol con la luna, en donde el sol emite luz y la luna la refleja, y es observado en la tierra. El Jesucristo es el sol de justicia: “Mas para vosotros que teméis mi nombre, se levantará el sol de justicia con la salud en sus alas...” (Malaquías 4:2) y la iglesia es la luna: “¿Quién es ésta que se asoma como el alba, hermosa como la luna llena, refulgente como el sol, imponente como escuadrones abanderados?” (Cantares 6:10). Esta función de luz es la que nos corresponde realizar a nosotros, el apóstol Pablo lo hace explícito: “porque antes erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de la luz (porque el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad)” (Efesios 5:8-9 LBLA). Deja escrito que hemos sigo iluminados con la luz del Señor y nos corresponde seguir iluminando como hijos de la luz al mundo, y eso será visible a través del fruto: bondad, justicia y verdad. Entonces, podemos ir estructurando que el ser hijos de luz viene por la fe y se evidencia en estos tres frutos. Debemos reflexionar si estamos dando esos frutos, que refieren a tres pilares de vida que como creyentes e hijos de Dios debemos tener, como la bondad, que es el deseo de ser bueno. La justicia, que es ser ecuánime, recto e integro, algo que también es visible en el comportamiento. Por último, la verdad, que se refiere a la sinceridad, a la veracidad e integridad de palabras y de hechos.

Jesucristo nos deja muy clara su delegación en: “Vosotros sois la luz del mundo… Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas acciones y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14-16 LBLA). Nos corresponde ahora tomar esa identidad que Dios nos da, aunque el enemigo ataque nuestros pensamientos con ideas de lo malo que hemos hecho o aún de los errores cometidos como creyentes, nos corresponde creerle a Dios y tomar la identidad que Él nos da originalmente, siendo hijos de luz y dando fruto, que es lo que se convierte en esas buenas acciones que harán que los hombres, glorifiquen a Dios nuestro Padre.



18

Hijos del día

Por Estuardo Herrarte

Versículos de estudio

Génesis 1:16-18
Proverbios 4:18
Lucas 21:36
Juan 21:18
Romanos 6:4
Apocalipsis 1:20

Regresar al índice

"Qué la luz del Señor nos irradie hasta llegar a la plenitud de Cristo"

1 Tesalonicenses 5:5 LBLA: "Porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas". Los hijos de Dios podemos evolucionar a ser: hijos del reino, de la sabiduría, de paz, de la luz, de la promesa, de la resurrección, del Altísimo; pero también somos hijos del día, no somos hijos de la noche. Es importante mencionar que, según el contexto bíblico, los cristianos nacidos de nuevo podemos evolucionar a ser hijos del día, aunque estamos en la noche tenebrosa que empezó hace mucho tiempo.

Significado del término día

En lo literal la palabra día puede definirse como: período de tiempo comprendido entre el amanecer y el ocaso, durante el cual hay claridad solar; también el período de 24 horas, que corresponde aproximadamente al tiempo en que la tierra da una vuelta completa sobre su eje, según el Diccionario de la Real Academia Española. Ahora bien, la estatura de hijo del día se manifiesta en lo literal y especialmente en el ámbito espiritual.

Hijos del día y el significado de la noche

Los cristianos genuinos estamos en el mundo, pero no somos del mundo; de la misma manera, estamos en la noche, pero no somos de la noche, la razón es que, por fe somos hijos del día. La noche representa un momento de prueba, de aflicción, de oscuridad y tiene peligros, pero la buena noticia es que Dios puso lumbrera menor para dominar en la noche, de esa manera hay una evolución de la iglesia (como el alba, lugar atrio; como la luna, lugar santo; como el sol, lugar santísimo). La iglesia de Cristo representa la luna y Cristo es el sol de justicia. La iglesia de Cristo es custodiada por 60 valientes (guiborin), 60 es el resultado de multiplicar 12 x 5, es decir, los 5 ministerios cuidan la litera de Salomón, los cuales manejan la espada, son figura de las estrellas que son ministros que alumbran sobre el día y sobre la noche. Dios hizo lumbreras para separar el día de la noche, es decir, no debe haber mezclas de la noche con el día. Pasar la noche tipifica un periodo de ministración de nuestro ser integral. En conclusión, los hijos del día tienen cobertura.

Hijos del día y el día del Señor

También es necesario diferenciar entre la estatura de hijos del día y lo que se conoce como el día del Señor, el cual no es agradable (día grande y terrible, día de lobreguez, oscuridad, la angustia de Jacob, la semana setenta de Daniel, la gran tribulación, es un día de siete años, etc.). En consecuencia, los hijos del día debemos estar sobrios para irnos en el arrebatamiento y no ser sorprendidos por el día de la ira.

Características de los hijos del día

El apóstol Pablo les dice a los Tesalonicenses que son hijos del día y luego, en 1 de Tesalonicenses 5:6-11, describe las características que deben tener, siendo las siguientes:

1. No duermen como los demás, están despiertos: tienen depósitos de aceite llenos y permanecen encendidos mediante la llenura del Espíritu Santo.

2. Están alertas y sobrios: esto nos lleva a pensar en la estatura de un soldado que no se enreda en los negocios de la vida diaria. El centinela está velando y al ver venir el mal toca la trompeta sobre el pueblo de Dios. El Señor nos manda a velar en todo tiempo para escapar de las cosas que vendrán.

3. Se ponen la coraza de la fe y del amor: la palabra coraza en el original G2382 *Dsoráx* del Diccionario Strong es la misma que aparece en Efesios cuando se habla de la coraza de justicia, por lo que en su integración vemos tres elementos: la justicia, la fe y el amor; quiere decir que los hijos del día están bien protegidos.

4. Se ponen el yelmo que es la esperanza de la salvación: Efraín es descrito como el yelmo de la cabeza de Dios; Efraín significa doblemente fructífero, es una producción de guerreros (ministros) del Señor (Salmo 60:7 NTV).

5. No son destinados para ira: son obedientes, ya que la ira de Dios vendrá sobre los hijos de desobediencia (Colosenses 3:6), pero también nos habla de que reciben la misericordia del Señor, por la cual no hemos sido consumidos (Lamentaciones 3:22 RV1960).

6. Son destinados para obtener salvación por medio de Jesucristo: los hijos del día son destinados para salvación, lo cual no es para todos, porque hay hijos de perdición (Juan 17:12).

7. Viven juntamente con Cristo: si viven con Cristo, participan de su muerte, pero también de su resurrección (Santa Cena), representa el andar en novedad de vida. Para cumplir con esta característica debemos ponernos el yugo de Cristo, es decir, estar dispuestos a caminar con el Señor en sujeción. El apóstol Pablo dijo: "Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (Filipenses 1:21).

8. Se alientan y edifican unos a otros: esta es una función de la iglesia como oveja pastora, por medio del amor edificante. No hay defensa contra el amor de Dios.

La Biblia dice que la senda del justo es como la luz de la aurora, que va de aumento en aumento hasta que el día es perfecto, hasta que es pleno día. Que esa luz nos irradie y se meta dentro de nosotros hasta llegar a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.



19

La casa de Dios

Por Marlon Santos

Versículos de estudio

Génesis 28:16-17
1 Crónicas 9:26-27
Esdras 3:8-9
Salmo 42:4
Joel 1:14
Esdras 2:68

Regresar al índice

“El Señor nos ha dado entendimiento para discernir lo verdadero”

Hebreos 3:6 LBLA: “Pero Cristo fue fiel como Hijo sobre la casa de Dios, cuya casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin nuestra confianza y la gloria de nuestra esperanza”. Debemos considerar la importancia en conocer nuestra identidad, la cual hemos obtenido de nuestro Señor al recibir el bautismo en el arrepentimiento, que nos ha llevado a la conversión como hijos de Dios (Hechos 3:19). De acuerdo con el versículo inicial, nosotros somos la casa de Dios, con la condicionante de que mantengamos firme la confianza y nos gloriemos de la esperanza hasta el fin. Veamos el significado de la palabra G5056 *Telos*, con el fin de ampliarnos la perspectiva, según el Diccionario Strong Concordance, se traduce como: el límite en el cual una persona deja de ser lo que era hasta aquel punto, es decir, el límite.

Al conocer nuestra identidad en el Señor Jesucristo, obtenemos la certeza de lo que representa ser la casa de Dios y aquellas cosas que son necesarias hacer para ir alcanzado esa identidad: “También vosotros, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5 LBLA). Por eso la Biblia enseña que debemos ser edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo la piedra angular, en quien el edificio bien ajustado crece hasta llegar a ser un templo santo en Él, pues solamente en Él nosotros somos edificados para ser morada de Dios en el Espíritu (Efesios 2:20-22). Para que nos acerquemos al lugar santísimo con corazón sincero, llenos de fe, purificados y lavados por la palabra de Dios (Hebreos 10:22) puesto que tenemos un sumo sacerdote sobre la casa de Dios (Hebreos 10:21).

El apóstol Pablo le escribe a Timoteo para hacerle saber cómo debe conducirse, de cómo debe ser su manera de vivir y su carácter en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios vivo, que es columna y sostén de la verdad (1 Timoteo 3:15). Tomando en cuenta, que nosotros mismos somos la casa de Dios, necesitamos estimar nuestra manera de vivir para permanecer siéndolo hasta el fin. Entonces, si nosotros somos la casa de Dios, debemos participar de la Santa Cena, en donde nos examinamos a nosotros mismos, formando parte del juicio del Espíritu Santo, para que por medio del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, muramos a todas las cosas que nos limiten ser la casa de Dios y que su sangre nos permita permanecer en vida nueva: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si comienza por nosotros primero, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 Pedro 4:17 LBLA).

Esto nos bendecirá para ser llenos del Espíritu de Dios, para ser únicamente la casa de Dios y no dar lugar a dejar de serlo, no conceder espacio a espíritus inmundos: “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, pasa por lugares áridos buscando descanso y no lo halla. Entonces dice: “Volveré a mi casa de donde salí”…” (Mateo 12:43-44). Notemos que el espíritu inmundo dice volveré a mi casa, refiriéndose al ser de un hijo de Dios que ha perdido su identidad, que ha sido reducido a la inactividad, dicho en otras palabras, ha dejado de hacer conforme a la identidad de ser la casa de Dios. No obstante, debemos permanecer firmes hasta el fin, reteniendo nuestra confianza y nuestra esperanza en Cristo, atrayendo la presencia de Dios por medio de nuestra comunión con Él, alabándole, adorándole, sirviéndole, inquiriendo en su palabra, dando frutos de labios que confiesan su nombre, reconociendo que Él es bueno y para siempre su misericordia, entonces se llenará de la gloria de Jehová plenamente la casa de Dios (2 Crónicas 5:13-14).

En la presencia del Señor todo sale a luz, no hay nada oculto, nadie puede esconder lo que es: “Y no hay criatura escondida en su presencia; antes bien, todas las cosas están desnudas y expuestas a los ojos de Aquél a quien tenemos que presentar cuenta” (Hebreos 4:13 BTX3). Vemos en la Biblia a un hombre que se le acercó a nuestro Señor, el hombre tenía su morada entre los sepulcros, andaba continuamente en ellos y en los montes, este hombre tenía un espíritu inmundo daba alaridos y se hería con piedras, Jesús le dijo: ¡sal del hombre, espíritu inmundo! y le preguntó su nombre, respondiéndole dijo: Legión, agregando porque somos muchos (Marcos 5:9).

En consecuencia, si tenemos la identidad de ser la casa de Dios, somos esa tierra buena que retiene la palabra de Dios dando fruto con perseverancia, por cuanto hemos oído la palabra con corazón receptivo y bueno (Lucas 8:15 ECR). “El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Los que están plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán” (Salmo 92:12-13 RVG).

Nuestra permanencia debe estar en la vid, así que daremos mucho fruto (Juan 15:5). El Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero, por eso nosotros somos del verdadero Dios, en su Hijo Jesucristo quien es la vida eterna (1 Juan 5:20).



20

Linaje escogido

Por Rossy de Santos

Versículos de estudio

Filipenses 3:5-7
Isaías 41:8-10
Apocalipsis 22:16
Isaías 66:2
Salmos 68:26
Hechos 13:26

Regresar al índice

“Hemos sido escogidos por Dios”

Es trascendental que conozcamos acerca de nuestra identidad, ya que el ignorar quiénes somos, nos limita a hacer algo que coincida con lo que nuestro Señor nos muestra que somos. Nuestra naturaleza debe ser cambiada por el Espíritu Santo, quien nos convence de pecado, justicia y juicio (Juan 16:8), para que conforme a la revelación de quiénes somos, vivamos una vida nueva (Romanos 6:4).

A través de la palabra de Dios podemos estudiar lo que nuestro Señor indica que somos: “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9 LBLA). Podemos ver entonces que somos linaje escogido por Dios y cuando nos referimos a la palabra linaje, proveniente de G1085 *Génos*, el Diccionario Strong Concordance nos indica que puede traducirse como: familia, parientes, clase, género, nación, linaje; lo cual denota que adquirimos la identidad y pertenencia a una familia, somos un mismo género, es decir, obtenemos características comunes; además en el DRAE esta misma palabra significa: ascendencia o descendencia de una familia, especialmente noble. Interesantemente encontramos que la palabra G1085 *Genos* su raíz es G1096 *Ginomai*, que puede traducirse como: llegar a ser, acercar, alcanzar, comenzar a ser, ser, venir a existir; y sobre estas palabras nos dice la Biblia: “De modo que, si alguno está en Cristo, ya es una nueva creación; atrás ha quedado lo viejo: ¡ahora ya todo es nuevo!” (2 Corintios 5:17 RVC), lo cual nos induce a una nueva oportunidad, pues de acuerdo con nuestra nueva naturaleza, haremos conforme a nuestra identidad la cual nos ha sido revelada.

Vemos a aquellos siervos de Jehová con características extraordinarias que eran tan evidentes que aún el rey de Babilonia las pudo ver y por ello eligió a Daniel, Ananías, Misael y Azarías, quienes eran de la familia real y tenían linaje de nobles (Daniel 1:3). Dicho linaje lo conservaron durante los años que permanecieron en medio de esa ciudad pagana, principalmente Daniel, quien a pesar de todas las adversidades, tentaciones y ofrecimientos de adorar a dioses ajenos, no lo hizo y permaneció firme y fiel al Señor sirviéndole con su testimonio, pues propuso en su corazón no participar de las contaminaciones, deleites, desórdenes, fornicaciones, abominaciones, ya que Babilonia es considerada la madre de todas las rameras (Apocalipsis 17:5), pues si lo hubiera hecho, hubiera perdido su naturaleza, su linaje, su identidad en Jehová. Esto nos enseña que no debemos participar de los deleites de este mundo, ni ceder a las presiones de grupo para deshonrar a nuestro Señor. Daniel, quien tenía clara su identidad: “siervo de Dios a quien continuamente servía” (Daniel 6:16). El temor reverente de Daniel a Jehová lo salvó de la fosa de los leones (Daniel 6:20-22) y era muy amado en los cielos (Daniel 10:11). Si conservamos nuestra identidad, el Señor nos salvará en medio de toda angustia, aflicción, escases, tribulación y de todo temor, pero debemos permanecer fieles, sabiendo que somos linaje escogido de Dios.

Vemos también a José que en las diferentes situaciones desfavorables que vivió, siempre permaneció en él el temor a Jehová y el Señor estaba con él y lo hacía prosperar (Génesis 39:3), pues afirmaba que no deseaba pecar contra Dios: “…¿Cómo voy a cometer yo semejante crimen pecando contra Dios?” (Génesis 39:9). A pesar de permanecer en Egipto, que es figura del mundo y llegando a ocupar cargos de autoridad, no se desvirtuó ni desvió su mirada del Señor. Si permanecemos fieles, haciendo conforme a lo que somos: “linaje escogido por Dios”, el Señor nos librará y nos prosperará en todo como lo hizo con José. No debemos pensar que la naturaleza divina es semejante a oro, plata o piedra esculpidos por el arte y pensamiento humano (Hechos 17:29), perdiendo así la identidad o linaje, omitiendo o menospreciando la nueva naturaleza y descendencia. Recordemos que hemos sido escogidos por Dios, como le sucedió al hijo pródigo al abandonar a su familia, su hogar, alejándose del padre, distanciándose por un tiempo prolongado a un país lejano (Lucas 15:11-13) donde gastó toda su sustancia G3776 *Ousia*. La iglesia sabe que el día se acerca, en consecuencia, no debemos dejar de congregarnos (Hebreos 10:25).

“Un corazón contrito y humillado el Señor no le desprecia” (Salmos 51:17), por lo que al volver en sí el hijo prodigo y regresar a la casa del padre, éste al recibirlo besó su cuello, mandó a que le vistieran con vestiduras nuevas, puso sandalias, anillo en su dedo e hizo un banquete porque su hijo había regresado (Lucas 15:22) ,“porque dentro de él vivimos, nos movemos, y existimos; y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linaje, o descendencia, del mismo Dios” (Hechos 17:28 *TA).



21

Real sacerdocio

Por Sergio Nitsch

Versículos de estudio

1 Pedro 2:10
Apocalipsis 1:6
Apocalipsis 5:10

Regresar al índice

“Ofrezcamos al Señor holocausto de alabanza y adoración”

En 1 Pedro 2:9 dice: “Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”.

Es de importancia capital, que se conozca la identidad que cada uno tiene de sí mismo, para saber de dónde se viene, dónde se ubica actualmente y a dónde se debe llegar; ya que actualmente existe demasiada confusión, principalmente con las nuevas generaciones, con conceptos y políticas completamente equivocados y contra naturaleza a nivel mundial, lo cual lleva a la humanidad a una descomposición completa, como desde el principio con Adán y Eva, quienes fueron engañados y se desubicaron. El Señor le preguntó a Adán ¿dónde estás? Perdieron su identidad también, en un afán de ir en contra de los principios básicos de Dios desde el principio, entender y tener presente que el ser humano es transitorio acá en la tierra. Por esto nos fueron dados 70 y 80 años para llegar a ser real sacerdocio, dice la palabra de Dios: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos sabiduría al corazón” (Salmo 90:12 RV1960). Una pregunta fundamental para cada uno de nosotros es: ¿sabes y conoces cuál es tu identidad?, ¿o lo ignoras? ¿Cuál es tu función principal acá en la tierra? ¿Quién eres tú? Recordando la famosa frase de “ser o no ser”; y eso es, que haces lo que eres, eso también determinará dónde habitas, en qué ambiente es donde te desempeñas y de quienes te rodeas.

El hombre natural no lo comprende, su entendimiento espiritual no ha sido habilitado y cree que todo lo demás, es decir, las añadiduras, es su función principal en este mundo, más no es así. La Biblia dice: “Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33 RV1960). Por consiguiente, se inicia el cambio a través de una decisión, el de aceptar a Jesucristo como su único y suficiente Salvador, que es por ese sacrificio de derramamiento de sangre en la cruz, que fue dada esa nueva y única oportunidad de llegar a ser llamado hijo de Dios, así lo dice Juan 3:16. A partir de aquí, irá evolucionando en diferentes facetas, como por ejemplo, llegamos a ser sal de la tierra, templo de Dios, el cuerpo de Cristo, luz del mundo, linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, descendencia de Abraham, herederos según la promesa, hijos de la luz, amigos de Dios, testigos, hijos del día y otros más, todos estos elementos hacen que el cristiano tenga identidad física y espiritual. Son muchas y variadas las facetas que tendremos y una nueva dimensión de ser, en esta oportunidad veremos la faceta real sacerdocio.

En 1 Pedro 2:9 nos llama linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, es decir que, actualmente ya no eres lo que algún día fuiste, lo que te heredaron tus padres y ancestros; hoy tienes una nueva genética espiritual, hoy eres una nueva creación, eres una nueva raza, eres real sacerdocio. “Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas, y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos” (Apocalipsis 5:8 RV1960).
El apóstol Juan vio un escenario con seres vivientes y ancianos, ambos espirituales; es decir, razas y especies diferentes de seres, con una característica sumamente importante, ambos con copas llenas de incienso, que las identifica con que son llenas de oraciones de los santos (de los apartados para Dios y que evolucionaron a esa cualidad de santos). Entendemos que estos seres son ministradores y apartados permanentemente delante de la presencia del Todopoderoso.

He aquí la importancia de entrar en la maravillosa presencia de Dios día a día, al lugar santo y al lugar santísimo constantemente, y no quedarnos en el atrio; entrando a través de una alabanza y cántico nuevo, con gozo y acciones de gracias, con rectitud en nuestros corazones, con súplicas, rogativas, peticiones, clamores, con temor y temblor en la adoración, exaltando su gracia y su poder, entrando al lugar santísimo como lo hacía el profeta Samuel (1 Samuel 3:3-4), un sacerdote real que ministraba y reinaba espiritual y materialmente en la presencia de Dios y de los hombres: “Y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra” (Apocalipsis 5:10 RV1960).

Melquisedec era rey y sacerdote de Salem (del Dios Altísimo) es una nueva estirpe de sacerdotes reales, no de la línea aarónica, sino una línea real y sacerdotal eterna, que ministra en la maravillosa presencia de Dios. Esa es la identidad sacerdotal que te ha sido dada a través del real sacerdote Jesucristo, así lo dice: “El Señor ha jurado y no se retractará: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Salmo 110:4 LBLA). Debemos ofrecer a Jesucristo holocausto de alabanza y adoración eternamente y para siempre. Amén. ¡Maranata!



22

Nación santa

Por Pablo Arana

Versículos de estudio

1 Pedro 2:10
Apocalipsis 1:6
Apocalipsis 5:10

Regresar al índice

"En Él encontramos nuestra verdadera identidad"

De las primeras cosas que perdió la humanidad cuando cayó, fue la identidad. La identidad es la percepción de quiénes somos y a qué grupo pertenecemos, un aspecto esencial que se distorsionó cuando el pecado entró en el mundo. Desde entonces, Dios ha trabajado en la recuperación del hombre y en ese proyecto una parte importante es devolvernos esa identidad perdida. Uno de los medios por los cuales Dios lleva a cabo esta restauración, es mediante el sacrificio de un Cordero, nuestro Señor Jesús. Él no solo nos reconcilia con Dios, sino que también nos devuelve nuestra verdadera identidad y una parte fundamental de esa identidad es que somos parte de una nación santa.

Terrenalmente, los expertos en ciencias sociales y antropología coinciden en que la identidad nacional ha sido un factor clave en la evolución social de la humanidad. El sentimiento de pertenencia a una nación ha facilitado la cooperación entre individuos, ya que, aunque no conozcamos personalmente a una persona, el hecho de que compartamos la misma nacionalidad crea una base de confianza y cooperación. Esto ha permitido a las sociedades desarrollarse y prosperar, pues se construyeron sobre la premisa de que la identidad compartida fomenta la colaboración en objetivos comunes.

Sin embargo, para los que hemos sido llamados por Dios, nuestra identidad trasciende cualquier frontera terrenal o nacional. Dios nos ha hecho parte de una nueva nación, una nación santa: "Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2:9). Aquí, el apóstol Pedro nos recuerda que nuestra verdadera identidad no se encuentra en la nación terrenal a la que pertenecemos, sino en ser parte del pueblo santo de Dios. Algo importante a comprender es que la identidad que Dios nos ha dado como nación santa es universal, abarcando a personas de todos los pueblos y razas de la tierra. No importa cuál sea nuestro trasfondo cultural, étnico o geográfico, en Cristo hemos sido hechos conciudadanos del reino de los cielos. Esto lo expresa claramente el apóstol Pablo: "Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios" (Efesios 2:19). Nuestra ciudadanía celestial es la identidad que debemos afirmar cada día, porque es la que nos lleva a crecer y evolucionar dentro del reino de los cielos. Dios siempre ha deseado que su pueblo tenga una identidad definida, una identidad basada en su relación con Él y en la obediencia a su voz: "Ahora pues, si en verdad escucháis mi voz y guardáis mi pacto, seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa..." (Éxodo 19:5-6). Este pacto no solo se refería a Israel como nación física, sino que también apunta a la promesa de una nación espiritual compuesta por todos aquellos que creen en Cristo. Aquí entendemos que escuchar la voz de Dios y guardar su pacto es clave para afirmar nuestra identidad como nación santa, ya que no se trata solo de un título o una etiqueta, sino de una realidad vivida en obediencia y compromiso con Dios.

Como parte de esta nación santa, nuestra identidad no se basa en los logros o valores de nuestras naciones terrenales, sino en el llamado de Dios. A menudo, en nuestro contexto actual, el patriotismo o los movimientos políticos y sociales pueden tentar a muchos a pensar que el avivamiento, el cambio o la justicia vendrán de un país en particular o de un movimiento específico. Pero la Biblia nos enseña que el verdadero avivamiento viene del cielo, y que para ser parte de él, necesitamos acercarnos a Cristo. No debemos dejarnos llevar por un patriotismo terrenal que nos haga pensar que un país en particular es la respuesta a las necesidades del mundo. Si bien es cierto que Dios puede usar a las naciones para llevar a cabo sus propósitos, el avivamiento, la verdadera restauración y la identidad que debemos buscar provienen exclusivamente de Cristo. Jesús es quien nos saca de donde estábamos, perdidos en el pecado y la confusión y nos hace una nueva nación, un pueblo santo destinado a proclamar las maravillas de Dios.

En conclusión, así como lo expresó el profeta Isaías: "Y les llamarán Pueblo Santo, Redimidos de Jehová..." (Isaías 62:12). Esta es la identidad que Dios ha preparado para nosotros, ser redimidos, ser santos y pertenecerle a Él. Nuestra identidad no está en el sistema del mundo, sino en el reino celestial del cual somos ciudadanos. Recordemos que el avivamiento y el verdadero cambio no provienen de un país o movimiento terrenal, sino de nuestra relación con Cristo. A Él debemos acercarnos y en Él encontraremos nuestra verdadera identidad como parte de una nación santa que vive para la gloria de Dios.



23

Pueblo adquirido para posesión de Dios

Por Diego Figueroa

Versículos de estudio

Hechos 3:9
Isaías 51:7
Salmos 85:2
Salmos 105:43
Hebreos 4:9
Apocalipsis 21:3

Regresar al índice

“Somos pueblo escogido por el Rey de reyes”

En el capítulo 2 de la primera carta del apóstol Pedro, la Biblia nos presenta diversas características de aquellos que aman y no aman a Dios, lo que se convierte en una de las identidades centrales de esta edición: pertenecer al Señor o no. El apóstol Pedro dice: “Este precioso valor es, pues, para vosotros los que creéis; pero para los que no creen, ‘LA PIEDRA QUE LOS CONSTRUCTORES DESECHARON, ESA, LLEGÓ A SER LA PIEDRA ANGULAR’, y, ‘PIEDRA DE TROPIEZO Y ROCA DE ESCÁNDALO’; pues ellos tropiezan porque son desobedientes a la palabra, y para ello estaban también destinados. Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que proclaméis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable; pues vosotros en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios; no habíais recibido misericordia, pero ahora habéis recibido misericordia” (1 Pedro 2:7-10 LBLA).

Pueblo adquirido para posesión de Dios

A lo largo de las Escrituras, encontramos innumerables versículos que hablan sobre nuestra inclusión como pueblo de Dios. En la cristiandad actual, existen diversas interpretaciones: algunos sostienen que el pueblo de Dios es Israel, otros argumentan que es la iglesia, y algunos creen que ambos lo son. Sin embargo, la Biblia indica que Israel se encuentra en un tiempo de “pausa” hasta la tribulación. Como se expresa en Oseas: “Y el Señor dijo: Ponle por nombre Lo-ammi, porque vosotros no sois mi pueblo y yo no soy vuestro Dios. Con todo, el número de los hijos de Israel será como la arena del mar, que no se puede medir ni contar; y sucederá que en el lugar donde se les dice: ‘No sois mi pueblo’, se les dirá: ‘Sois hijos del Dios viviente’” (Oseas 1:9-10 LBLA).

Hay más referencias sobre esta temática, como en Mateo 23:38-39; Romanos 9:25-29 y 11:1-24. Como hemos mencionado, la iglesia de Cristo es ahora “el pueblo adquirido para posesión de Dios”. En otras palabras, formamos parte del pueblo de Dios en la era de la iglesia establecida por Jesucristo. En 1 Corintios se nos recuerda: “Ustedes han sido comprados y el precio ha sido pagado; no se hagan esclavos de los hombres” (1 Corintios 7:23 BL95). Además, en 1 Pedro se dice: “sino con una sangre preciosa, como de cordero sin defecto y sin mancha, Cristo” (1 Pedro 1:19 BJ3). También se enfatiza: “Porque habéis sido comprados por un precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:20 LBLA).

Sin embargo, 1 Pedro 2:9 nos ofrece una comprensión más profunda: “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios…” La palabra pueblo se traduce del griego G2992 *Laós*, que significa tanto pueblo como multitud. Según el Diccionario Thayer, se refiere a un pueblo, grupo étnico, tribu o nación, es decir, todos aquellos que comparten la misma ascendencia e idioma.

Esto nos lleva a entender que la iglesia de Cristo tiene una identidad distinta de las naciones de la tierra; es una entidad espiritual, compuesta por personas de diversos países. Aquí es donde comprendemos la obra redentora de Cristo a través de sus sufrimientos en la cruz: Él hizo de dos pueblos uno solo: “Porque Él mismo es nuestra paz, quien de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared divisoria, la enemistad” (Efesios 2:14 LBLA). Por lo tanto, el pueblo de Israel también puede formar parte de la iglesia, tal como lo hicieron el apóstol Pablo y Pedro, quienes pertenecían a esa nación.

Ser pueblo adquirido para posesión de Dios no es algo trivial; tenemos diversas características excepcionales:

• Salvación de nuestros pecados:
“Ella tendrá un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21 LPD).

• Enseñanzas del Señor:
“Y todo el pueblo madrugaba para ir al templo a escucharle” (Lucas 21:38 LBLA).

• Misericordia constante:
“Pues vosotros en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios; no habíais recibido misericordia, pero ahora habéis recibido misericordia” (1 Pedro 2:10 LBLA).

• Libertad de la inmundicia del mundo:
“Y oí otra voz del cielo que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados y para que no recibáis de sus plagas” (Apocalipsis 18:4 LBLA).

• Santificación por su sangre:
“Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (Hebreos 13:12 LBLA).

Quiero concluir enfatizando que somos personas “adquiridas por Dios”. Un diccionario secular define “adquirido” como un adjetivo que se refiere a algo que ha sido obtenido o conseguido, ya sea en términos de bienes, conocimientos, habilidades o características desarrolladas con el tiempo. En otras palabras, Dios ha adquirido, a lo largo del tiempo, a quienes habrían de ser salvos para pasar la eternidad junto a Él. Además de ser salvos, considero que es nuestra responsabilidad participar en la salvación de los demás, compartiendo el mensaje de Jesucristo y, si es necesario, enfrentando oprobios y dificultades para ayudarles a conocer la salvación de Dios. Así cumplimos nuestra comisión: “a otros, salvad, arrebatándolos del fuego…” (Judas 1:23 LBLA).



24

El pueblo de Dios

Por Vilma Cruz, Carol de Acevedo y Sara Véliz

Versículos de estudio

Oseas 2:23
Romanos 9:25-26
Romanos 10:19
Deuteronomio 7:6
Tito 2:14
Hebreos 8:10

Regresar al índice

“Al ser su pueblo, tenemos un nuevo reposo”

En 1 Pedro 2:10 LBLA dice: “Pues vosotros en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios; no habíais recibido misericordia, pero ahora habéis recibido misericordia”. A la luz de la palabra, podemos entender que antes de aceptar a Jesucristo en nuestra vida, no éramos nada, ni siquiera éramos pueblo. Sin embargo, una de las formas en que se manifestó la misericordia del Señor hacia nosotros fue conquistando nuestro corazón y acercándose a nosotros para hacernos su pueblo: “Y os tomaré por mi pueblo, y seré vuestro Dios; y sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios, que os sacó de debajo de las cargas de los egipcios” (Éxodo 6:7 LBLA). Esta palabra fue dada por Dios a Israel terrenal, pero con el paso del tiempo, Israel se alejó tanto del Señor que, cuando Jesucristo vino a ellos, no lo reconocieron. Él, siendo la piedra, fue desechado por los edificadores que habían sido escogidos para ser el pueblo del Señor (Juan 1:11). Por eso, ellos fueron desgajados como ramas de un olivo (Romanos 11:17). Para nosotros, Cristo es la piedra angular y nos hace cercanos y de su pertenencia, injertados en las heridas del olivo que es Cristo (1 Pedro 2:6; Efesios 2:13-14; Romanos 11:17-20).

Es muy sorprendente para la mente humana que Dios, siendo tan perfecto y santo, nos quiera para su pueblo. Sin embargo, necesitamos creer fervientemente en su palabra: “...llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y a la no amada la llamaré amada” (Romanos 9:25 LBLA). Nosotros somos aquellos que no éramos pueblo ni amados; es para nosotros, los redimidos del Señor, formar parte de los amados de su pueblo. Es vital reconocerlo y no perder esa identidad. Dios habita en medio de nosotros y, además de recibir los beneficios de Dios, también tenemos obligaciones como su pueblo. Por ello, debemos dejar atrás toda idolatría, creencias en amuletos o santerías. Es necesario que vivamos conscientes de que le pertenecemos a Él, buscando serle fiel enteramente a nuestro Señor: “ Porque nosotros somos templo del Dios vivo, como Dios dijo: Habitaré en ellos y andaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo” (2 Corintios 6:16 LBLA). También debemos dejar atrás todo pecado, toda iniquidad y purificarnos para Él: “quien se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo para posesión suya, celoso de buenas obras” (Tito 2:14 LBLA).

Si, por alguna razón, a pesar de ser de Cristo hemos estado atrapados en cosas que no convienen, tomemos hoy la decisión de buscar la forma, el recurso, lo que sea necesario, para tener plena libertad. Jesús pagó para que nos gocemos y vivamos en santidad. Aunque hayamos fallado al Señor, cualquier cosa que hayamos hecho mal, dice su palabra: “¿Qué Dios hay como tú, que perdona la iniquidad y pasa por alto la rebeldía del remanente de su heredad? No persistió en su ira para siempre, porque se complace en la misericordia” (Miqueas 7:18 LBLA). Recordemos que el Señor ya pagó por todo y en Él tenemos redención. No temamos a las malas noticias, porque siendo pueblo de Dios, nuestro Padre nos exhorta con buenas nuevas: “Así que, con muchas otras exhortaciones, Juan anunciaba las buenas nuevas al pueblo” (Lucas 3:18 LBLA). Y dice también su palabra: “escogiendo más bien ser maltratado con el pueblo de Dios que gozar de los placeres temporales del pecado” (Hebreos 11:25 LBLA).

Cuando somos del pueblo de Dios, podemos dar con libertad: “Araúna dijo a David: Tómala para ti, y haga mi señor el rey lo que bien le parezca... Pero el rey dijo a Araúna: No, sino que ciertamente te la compraré por su precio, pues no ofreceré al Señor mi Dios holocaustos que no me cuesten nada” (2 Samuel 24:22-25 LBLA). Adoramos al Señor: “Entonces Esdras bendijo al Señor, el gran Dios, y todo el pueblo respondió: ‘Amén, amén,’ alzando las manos; luego se inclinaron y adoraron al Señor rostro en tierra” (Nehemías 8:6 LBLA). Alabamos y le damos gloria al Señor: “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, desde la eternidad hasta la eternidad. Y todo el pueblo dijo: ¡Amén!, y alabó al Señor” (1 Crónicas 16:36 LBLA). Le servimos: “Y si no os parece bien servir al Señor, escoged hoy a quién habéis de servir: si a los dioses que sirvieron vuestros padres que estaban al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos al Señor” (Josué 24:15 LBLA).

Si confiamos en Él, nuestro Dios se manifiesta a nosotros por medio de señales y prodigios. Si carecemos de salud o si alguien de los nuestros está enfermo, creamos en el Señor orando, y Él nos responderá: “Y por manos de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios entre el pueblo” (Hechos 5:12 LBLA). “Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo” (Hechos 6:8 LBLA). Al tener una identidad como pueblo de Dios, gracias a Jesucristo, tenemos un nuevo reposo. No es el sábado, es Cristo, el Señor, quien nos da reposo de nuestras obras. Ya no más cansancio, ya no más batallas perdidas, sino que nos abandonamos en oración delante de nuestro Padre celestial, sabiendo que nos ayudará en todo tiempo: “Por tanto, queda un reposo sagrado para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, él mismo ha reposado de sus obras, como Dios reposó de las suyas. Procuremos, pues, entrar en ese reposo, no sea que alguno caiga siguiendo el mismo ejemplo de desobediencia” (Hebreos 4:9-11 LBLA).

Como su pueblo, debemos preguntarnos si estamos llevando una carga muy pesada, ya sean problemas o situaciones del día a día. Es necesario entender que la Biblia nos enseña que el yugo del Señor es fácil y ligera su carga: “Porque mi yugo es fácil, y mi carga ligera” (Mateo 11:30 LBLA). Como su pueblo, no debemos tener una carga mayor a la que podemos sobrellevar: “Ustedes no han pasado por ninguna prueba que no sea humanamente soportable. Y pueden ustedes confiar en Dios, que no los dejará sufrir pruebas más duras de lo que pueden soportar. Por el contrario, cuando llegue la prueba, Dios les dará también la manera de salir de ella, para que puedan soportarla” (1 Corintios 10:13 DHH). Si sentimos que nuestra carga es mayor, puede ser un ataque del enemigo o bien falta de conocimiento por nuestra parte, lo cual puede llevarnos a la destrucción: “Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento” (Oseas 4:6, LBLA). Por ello, llenémonos del Espíritu Santo, sumerjámonos en la palabra de Dios, y supliquemos en oración por sabiduría. Procuremos ser verdaderamente libres y prósperos en Él: “Y en el lugar donde se les dijo: ‘Vosotros no sois pueblo mío’, allí serán llamados hijos del Dios viviente” (Romanos 9:26 LBLA). ¡Hosanna!

“Debemos saber quiénes somos, quiénes fuimos y quiénes seremos”

Apóstol Sergio Enríquez

Rhema

LA VOZ DE LOS CINCO MINISTERIOS

HOLY BIBLE

CONOCIENDO LA

IDENTIDAD





SÁBADO 02
DE NOVIEMBRE

7:30 A.M. 2:30 P.M.
11:00 A.M. 6:00 P.M.

DOMINGO 03
DE NOVIEMBRE

7:30 A.M. 2:30 P.M.
11:00 A.M. 6:00 P.M.



IGLESIA DE CRISTO EBENEZER, ZONA 5.